

LaRouche desenmascara una operación sinarquista pro terrorista; ¿quién dijo yo?

por Dennis Small

En la edición de noviembre de 2003 de *MSIa Página Iberoamericana*, vol. I, no. 1, que ahora circula en México, un grúsculo de ex colaboradores del precandidato presidencial estadounidense Lyndon LaRouche repite las mentiras que han esparcido respecto a la naturaleza de su rompimiento con LaRouche en agosto de 2003. Su nueva publicación insiste que su separación “no se produjo por discrepancias acerca de la sinarquía internacional”, y que “apoyamos entonces y aún ahora las ideas de Lyndon H. LaRouche en estas materias”, sobre el Fondo Monetario Internacional, el libre comercio, etc., etc.

Mienten en ambos respectos.

Como los directores de *Executive Intelligence Review* aclararon en su momento, en una nota publicada el 5 de agosto pasado, Marivilia Carrasco y Ángel Palacios en México, Lorenzo Carrasco y Silvia Palacios en Brasil, y Gerardo Terán y Diana Olaya de Terán en Argentina, “rompieron política y filosóficamente con él [LaRouche] en cuanto al asunto sustancial de su campaña pública continua, a partir de 1984, contra el *sinarquismo*, el nombre formal del fascismo universal”.

Su constante encubrimiento de la verdadera naturaleza de esas discrepancias —y el hecho de que ellos se asociaron con las perspectivas expresadas por una camarilla sinarquista aglutinada en torno a la persona del fascista español Blas Piñar y a una revista carlista argentina llamada *Maritornes*— apunta a una cuestión que puede representar un problema significativo de seguridad internacional en las Américas.

Por lo general, cuando grupos o facciones abandonan una organización, plantean los motivos de su separación; y a menudo con bombo y platillo. Pero en este caso, el clan Carrasco contra LaRouche niega y miente sobre el motivo verdadero de su rompimiento, que ellos mismos ya habían declarado fue

por su apoyo al sinarquismo. Las preguntas obvias inmediatas son: ¿por qué operan bajo banderas falsas? ¿Por qué no admiten las razones verdaderas por las que rompieron? ¿Quién o qué intenta disimular su actuación tras bambalinas en esta operación? Y, dadas las documentadas conexiones terroristas de las redes sinarquistas en cuestión, y el hecho de que se le está dando impulso a nivel internacional al terrorismo, ¿cuál es la trampa aquí?

En estos momentos *EIR* investiga las respuestas a estas y otras preguntas, para las que el siguiente informe es de pertinencia urgente.

Obligamos al enemigo a dar la cara

En un artículo que publicó *EIR* el 22 de agosto de 2003 como parte de un reportaje especial (ver *Resumen ejecutivo* de la segunda quincena de noviembre de 2003), titulado “LaRouche Warns: Cheney Gang Needs Another 9/11” (“LaRouche advierte que la pandilla de Cheney necesita otro 11 de septiembre”), LaRouche declaró: “Piénsese en el efecto de un ataque terrorista a los EU, comparable en sus efecto psicológico al del 11 de septiembre, ¡pero achacado esta vez a poblaciones hispanas, en vez de árabes!” Un segundo artículo publicado en ese mismo reportaje documentaba que, en Europa continental, un aparato fascista internacional refaccionado, con importantes extensiones en Argentina, México y Venezuela, como cabezas de playa para las Américas, se puso en marcha en una reunión celebrada en Madrid el 16 y 17 de noviembre de 2002. Esa reunión fue organizada por Blas Piñar, el principal fascista de España en la actualidad, y también contó con la participación destacada del neofascista italiano Roberto Fiore, de Forza Nuova.

Un tercer artículo informó que la revista argentina *Mari-*



Como el *Quijote* del grabado de Gustavo Doré, Antonio Caponnetto anda “dando tumbas la cabeza abajo” con sus ataques a LaRouche.

ornes se fundó en noviembre de 2001, como vehículo ideológico para la promoción de dicho aparato fascista internacional en España y en la América hispanohablante.

La denuncia de LaRouche funcionó: obligó al enemigo a salir a descubierto, justo cuando el vicepresidente estadounidense Dick Cheney, herido políticamente, busca con la mayor urgencia que haya otro incidente terrorista como el del 11 de septiembre.

En las últimas semanas del 2003, los indiciados arriba citados empezaron a aullar en protesta contra LaRouche y sus colaboradores. El 10 de diciembre el primer director de *Maritornes*, Víctor Eduardo Ordóñez, escribió que fue “una mendacidad y una infamia” llamarlo fascista, puesto que él es de los “católicos romanos que de ninguna manera podemos comulgar con un ideario totalitario como son el sistema y la doctrina elaborados por Mussolini” (ver los artículos que siguen).

Pero Ordóñez *es* un fascista. Al igual que el grupo Carrasco que recientemente rompió con LaRouche, pretende ocultar lo que él mismo ha hecho evidente. Por ejemplo, como secretario de redacción de la revista argentina *Cabildo*, Ordóñez cita de manera prominente en esa publicación a Corneliu Codreanu, el fundador fascista de la notoria Guardia de Hierro de Rumania en 1927, que combatió hombro a hombro con las tropas de Hitler en la Segunda Guerra Mundial. Resulta significativo que Codreanu es también santo de la devoción de las organizaciones sinarquistas mexicanas que el grupo Carrasco explícitamente defiende contra los ataques de LaRouche. Fascismo, ¿quién dijo yo?

Luego, el 17 de diciembre de 2003, el miembro del consejo editorial de *Maritornes*, Antonio Caponnetto, también despotricó una divagante diatriba semipsicótica contra LaRouche y Gretchen Small, la autora del artículo sobre *Maritornes* que *Resumen ejecutivo de EIR* publicó y que tanto lo ofendió. Rehusando responder de manera directa a las pruebas presentadas sobre la reunión fascista internacional de noviembre de 2002 en Madrid, Caponnetto trató de esconderse detrás del sarcasmo: la autora del artículo de *Resumen ejecutivo* llama “nazifascistas a todos aquéllos que no coincidan con sus bellaquerías ideológicas. Nazifascistas seríamos entonces todos, desde Blas Piñar y Lefebvre, hasta Chesterton (‘fascista británico’, sic) y Don Sixto, sin olvidarse de Widow y la hija de Wilhelmsem—acusada de portación de apellido”.

Lo que es más revelador, Caponnetto—quien es director de la misma revista *Cabildo* que promueve al nazi Codreanu— sólo atinó a escupir el siguiente veneno antiamericano: “Da pena verla [a Gretchen Small] agitar al voleo sus manecillas gringas queriendo golpear la honra de la Hispanidad; o farfullar anglosajones rencores contra el

Catolicismo, o restregarse el seso para argüir destratos sobre el dichoso Medioevo, o rubricar sin pudicia que ‘nunca existieron glorias en el Imperio Español’. Da pena pero no sorpresa. . . He aquí el pecado mayor de la pequeña Gretchen: su prosaismo tosco, cerril, calvinista, grotescamente norteamericano”.

Los desvaríos de Caponnetto contra LaRouche se publicaron en la edición más reciente (la #76) de la revista *Arbil*, una publicación española cuya vena ideológica queda de manifiesto en su promoción continua de la obra del ideólogo contrarrevolucionario católico español del siglo 19, Juan Donoso Cortés. Donoso Cortés, cuyo trabajo revivió y usó ampliamente Carl Schmitt, el “jurista de la Corona” del régimen nazi, argüía que “la institución de los sacrificios sangrientos” es “la más universal” de todas las instituciones y los dogmas humanos. Las naciones más civilizadas y las tribus más salvajes, escribió, creen en “el ofrecimiento de una víctima pura en perfectísimo holocausto”. Fascismo, ¿quién dijo yo?

Y a mediados de diciembre en Italia, Roberto Fiore, figura destacada en la nueva internacional fascista organizada desde lo de Madrid, también mostró su verdadera cara: anunció que su agrupación Forza Nuova se había unido con otros dos grupúsculos para formar una alianza electoral, con miras a las próximas elecciones europeas, con nada menos que Alessandra Mussolini, la nieta del *Il Duce*. La señora Mussolini será la candidata principal de la lista, y el cartel de la coalición la retrata a ella junto con Fiore y los otros dos dirigentes neofascistas, bajo el lema de: “Juntos por un movimiento social”. En Italia, el nombre de “movimiento social” clara-

mente trae a la memoria al viejo Movimento Sociale Italiano (MSI), fundado por antiguos miembros de la separatista república Salò.

Es sabido que cuando la señora Mussolini, quien es integrante del Parlamento italiano, topó con oposición dentro de su propio partido a esta alianza, recibió el apoyo de la princesa Pallavicini, en representante de la rancia nobleza negra de Italia y Europa. Fascismo, ¿quién dijo yo?

Mussolini, Fiore, Caponnetto y Ordóñez forman parte de una operación sinarquista más amplia que ahora está en marcha, y que LaRouche ha empezado a desenmascarar. Sus raíces son carlistas españolas, su orientación es fascista, y su actual despliegue político estratégico está ligado al terrorismo. Es útil ver esto desde la perspectiva del caso de la revista argentina *Maritornes*.

El abolengo de la puta

La moza de la venta *Maritornes*, de quien la revista argentina toma su nombre, es un personaje del gran libro de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Pero hasta una puta tiene su abolengo; y en este caso es bastante revelador.

La revista *Maritornes* se fundó en Buenos Aires como un proyecto directo de las redes carlistas españolas dedicadas, explícitamente, a darle marcha atrás a la independencia de las naciones iberoamericanas restaurando ahí al Imperio Español. Es más que probable que dinero español también haya desempeñado —y siga desempeñando— un papel central en esta operación.

La Hermandad Monárquica Nacional del Maestrazgo de España, uno de los reductos carlistas importantes de ese país, engendró una sucursal en Argentina en 1996, a la que llamaron la Hermandad Tradicionalista Carlos VII, en honor del pretendiente español —con base en Venecia— al trono quien encabezó la tercera guerra carlista en los 1870.

La *raison d'être* de la Hermandad argentina es “estudiar y difundir el pensamiento carlista”, y su divisa es la de los carlistas españoles que los engendraron: “Dios, Patria, Fueros, Rey”. Seguido ellos se describen como “caballeros católicos”, que defienden a la Tradición en contra de “las logias masónicas que inspira el judaísmo revolucionario”; denuncian a la “nefasta” Revolución Americana; y consideran a los “mártires” carlistas de los 1800, a los cristeros de México de fines de los 1920 (controlados por el sinarquismo) y a la “cruzada” fascista de Franco en España, como los momentos álgidos de la defensa de su “tradición”.

A cinco años de la formación de la Hermandad argentina, sus máximos dirigentes se desplegaron para establecer a *Maritornes*, a la que dieron a luz en 2001:

- **Rubén Calderón Bouchet**, presidente honorario del consejo directivo de la Hermandad, integra el consejo editorial de *Maritornes*.

- **Elena María Calderón de Cuervo**, hija de Rubén Calderón Bouchet e integrante del consejo directivo de la Hermandad, es la actual directora de *Maritornes*.

- **Rafael Gamba**, un español bien metido en la rama española de la Hermandad y secretario personal de S.A.R. Don Sixto de Borbón, el actual pretendiente carlista al trono español, también integra el consejo editorial de *Maritornes*.

- **Miguel Ayuso**, también español y uno de los “grandes pensadores” tras la Hermandad española, también forma parte del consejo editorial de *Maritornes*.

- **Víctor Eduardo Ordóñez**, el primer presidente de *Maritornes*, quien se apresuró a defender a su revista de los embates LaRouche, era, y es, un prominente colaborador de las publicaciones de la Hermandad argentina.

Por supuesto, hay otros miembros del consejo editorial de *Maritornes* que quizás no sean miembros con credencial de las susodichas hermandades carlistas de España y Argentina, pero que comparten su perspectiva fascista y le dan una importante dimensión internacional a la operación. Tal es el caso del notorio **Blas Piñar**, el protegido de Franco que organizó la ya mencionada reunión internacional fascista de noviembre de 2002 en Madrid. Otro caso crucial es el de la integrante estadounidense del consejo editorial de *Maritornes*, **Alexandra Wilhelmsen**, hija y heredera política de Frederick Wilhelmsen, el fundador de la universidad Christendom College en el norte de Virginia, EU, un centro de carlismo y sinarquismo católico vinculado a William Buckley. Y el italiano **Francesco Maurizio di Giovine**, también en el consejo editorial de *Maritornes*, en su juventud fue un militante camisa negra neofascista, y en los 1970 lo arrestaron como parte de una investigación judicial de una ola de masacres terroristas derechistas. Di Giovine es hoy un historiador e importante promotor del acontecimiento contrarrevolucionario paradigmático para la ciénaga fascista y tradicionalista de Italia: la Restauración “sanfedista” de la monarquía Borbón en 1799, con la intercesión del cardenal Fabrizio Ruffo.

¿Otro 11 de septiembre?

El potencial terrorista sinarquista más amplio que ya estaba representado en la asamblea de Madrid, se hace más nítido con estos nuevos elementos de la investigación que realiza *EIR*. A esta luz, considérese la importancia de un artículo publicado el 26 de octubre de 2001 en el boletín de la Hermandad Tradicionalista Carlos VII de Argentina —apenas seis semanas después del 11 de septiembre— que celebra de manera escalofriante esos ataques terroristas.

El artículo, escrito por el uruguayo Álvaro Pacheco Seré, presidente delegado en Uruguay de la Hermandad española y parte del consejo directivo de la casa editorial de la Hermandad argentina, cita el infame discurso de 1849 de Juan Donoso Cortés, en el que insta a la instauración de una dictadura, en tanto ejemplo destacado de cómo los carlistas por siglos se han mantenido firmes contra “el Enemigo”, y reconoce que ésta es una guerra religiosa continua contra “este antinatural y antijurídico sistema mundial. . . impuesto en base a la satánica sustitución de Dios por un ‘Hombre’ im-

penitente”.

Pacheco continúa: “El histórico 11 de septiembre de 2001 alteró la marcha de los sucesos mundiales”. Los EU —que “nunca fueron Nación en el sentido clásico. Fueron hijos de una idea: la libertad, tal como la concibe la Revolución”—, sintieron los embates de los grupos revolucionarios que los propios EU fomentaron en contra de otros. Citando a algún español que, en 1981, dijo que la construcción de las torres gemelas de Nueva York representaba el restablecimiento de las columnas de los templos masónicos, Pacheco dijo: “Visto desde el pensamiento tradicionalista, el 11 de setiembre de 2001 se presenta así como ‘El día que se abatieron las columnas’... La destrucción de las dos columnas y la herida a la estrella trunca del Pentágono parecen significar que algunas altas instancias, secretas e irreconocibles, decidieron que allí ahora se niega la Revolución”.

“Reina la anarquía”, continúa Pacheco, que es una situación que la ley positiva no puede resolver. “La angustiante desorientación generalizada hace vislumbrar y desear el cumplimiento de las promesas sobrenaturales, hechas por Nuestra Señora en Fátima sobre la conversión de Rusia, y por San Pablo en Carta a los Romanos sobre la conversión del pueblo judío”, señaló en tono febril. “El pacifismo, el ecumenismo y la civilización del amor predicados por el mundo moderno masonizado y, con él, por la Iglesia desde el Vaticano II, han visto cuestionados sus falsos fundamentos. Desde luego, se intensificarán los estudios teológicos sobre el Apocalipsis y los Mensajes marianos. Dios tiene sus desig-nios. Hay que acatarlos y pedirle humildemente Fe, Esperanza y Caridad”.

Con todo lo escalofriante que resulta este respaldo sinarquista “derechista” a los acontecimientos del 11 de septiembre, su pleno significado estratégico sólo se entiende cuando se pone al lado de una celebración sinarquista “izquierdista” de lo mismo, protagonizada por la más notoria “defensora de los derechos humanos” argentina y proponente del terrorismo, Hebe de Bonafini, cabecilla de las Madres de la Plaza de Mayo. Bonafini y compañía, por un lado, y la turba carlista de *Maritornes*, por el otro, siguen promoviendo sangrientas guerras religiosas de uno contra el otro, como lo hicieron a lo largo de la “guerra sucia” de los 1970 en Argentina. Y, no obstante, no podrían estar más de acuerdo en cuanto a lo del 11 de septiembre.

Bonafini, en respuesta a una pregunta sobre los ataques terroristas del 11 de septiembre que le hicieron el 9 de octubre de 2001 en una entrevista con Radio 10 en Argentina, dijo: “¿Qué voy a decir, que no me voy a poner contenta porque alguna vez la sangre va a ser vengada? Sí, me puse contenta, y lo vuelvo a repetir. Por primera vez le pasaron la boleta a Estados Unidos por lo que hizo toda su vida... Me puse contenta de que, alguna vez, la barrera del mundo, esa barrera inmunda, llena de comida; esa barrera de oro, de riquezas, les cayera encima”.

Fascismo, ¿quién dijo yo?

La Maritornes: una taverna de prostitutas fascistas

por Lyndon H. LaRouche

26 de diciembre de 2003.

A manera de prefacio

Las implicaciones del reciente incidente en relación a *Maritornes*¹ debiera impulsarnos a refinar y mejorar la práctica indispensable de las funciones de contraespionaje de nuestra asociación, funciones de las que pudieran depender a un grado sumo nuestra existencia continua como asociación, y otras cosas, en estos momentos. Ya que yo desempeño un papel de conducción único en lo que toca a la presente crisis que encara la república de Estados Unidos, esta mejora propuesta de nuestra función de inteligencia es necesaria para poder librar una lucha lo bastante buena, tanto para defender a Estados Unidos de América de las conjuras sinarquistas que al presente embisten, tales como la que representa el caso *Maritornes*, así como para el propósito relacionado de rescatar a la civilización mundial que peligra al presente, del borde de una catástrofe generalizada.

Primero trazaré aquí el asunto decisivo del principio del que depende la inteligencia estratégica competente, al igual que el contraespionaje. Más adelante enfocaré sobre la aplicación de ese principio a la suerte de caso de contrainteligencia que implican los recientes sucesos en torno a *Maritornes*.

El principio sobre el que descansa la prueba de esas conexiones decisivas a veces se llama “presciencia”. El sujeto de este informe muy bien podría llevar el subtítulo de “El papel indispensable del concepto de la presciencia para la práctica de la inteligencia estratégica”. A ese fin, procedo a partir de las siempre pertinentes implicaciones latentes del

1. [Ver la documentación que sigue]. Un ataque de violenta acerbidad contra mí personalmente, firmado por un portavoz de la publicación *Maritornes*, de la reactivación a lo Drácula hoy de la internacional fascista de 1922–1945, apuntó, de forma innegable, a la activación de una fase nueva, abierta, preparada con antelación, de ataques terroristas contra EU desde países de América. Este ataque, proveniente de una publicación que representa esa franca reactivación, vino a través de un conducto que es, de manera explícita, una continuación de la nunca totalmente desarraigada internacional nazi que manejaba la organización de Hitler bajo la ahora tradicional bandera fascista de la **hispanidad**, a través de la España de Franco, y por América Central y del Sur en los 1930 y principios de los 1940.

ataque de Gauss contra Euler, Lagrange, etc, en el *teorema fundamental del álgebra* de 1799, del propio Gauss, como sigue.

Empezaré con un material que es esencial, y que se presentará aquí de la forma más comprensible posible para hacerlo accesible a un público que incluya a legos. Sin embargo, más adelante algún material que presenta un mayor desafío para los legos y otros, tendrá que abordarse por sus implicaciones esenciales para la materia bajo consideración.

1. Cómo defender nuestro interés nacional

Es más o menos bien sabido por algunos de nuestros proverbiales veteranos, y también en ciertos nichos encumbrados de la institución de la Presidencia de EU, que yo, por más de un cuarto de siglo hasta la fecha, he añorado la creación de una academia nacional estadounidense de inteligencia comparable a West Point. Fue este cometido mío el que impulsó a instituciones pertinentes a darme acceso, en 1983–1984, a una dotación generosa de documentos desclasificados de servicios de inteligencia nuestros y algunos franceses sobre el sinarquismo y temas relacionados, que datan del intervalo de aproximadamente 1922–1945.

Recibí esta documentación, por conducto del Archivo Nacional, en el marco pertinente de mis conversaciones informales con el Gobierno soviético en 1982–1983, sobre lo que el presidente Reagan vino a llamar la “Iniciativa de Defensa Estratégica”.

El flujo de esta documentación cesó poco antes de que emergiera a la luz pública un arranque desenfrenado de esfuerzos en concierto, tanto de los neoconservadores estadounidenses y los soviéticos, como de otros aterrados oponentes de esa iniciativa; esfuerzos en extremo hostiles, que incluían algunas amenazas serias de asesinar, hasta con la complicidad de ciertos círculos corruptos del Gobierno de EU. Estas amenazas y ataques, que incluyen la versión fraudulenta sobre el asesinato de Olaf Palme propalada por el *Washington Post* y otros en 1986, fueron continuadas durante el intervalo de 1984–1989 por facciones dentro y fuera del Gobierno de EU en esa época, con la intención de borrar del mapa a mí y a organizaciones anejas a nivel internacional.

No obstante, el propósito de los pasos que dieron previo a 1984 los círculos pertinentes de EU que me suplían de documentos antes secretos sobre los sinarquistas y asuntos relacionados, era invitarme a incorporar las conclusiones de allí derivadas, a reexaminar las lecciones que pudieran aprenderse de las experiencias de los servicios de inteligencia estadounidenses —incluyendo el del Ejército de EU, y la Organización del Servicio Secreto— de esa época.

El interés común que compartíamos en este esfuerzo era el de mejorar las instituciones de inteligencia de EU, cuyo



Don Quijote y el arriero se pelean por Maritornes. Grabado de Gustavo Doré.

funcionamiento recae bajo la autoridad que le concede la ley al director de Inteligencia. Nuestra preocupación era desmascarar los errores que fueron la causa principal de una serie de fracasos estratégicos pasmosos, sufridos por nuestra dirigencia nacional, luego de la exitosa apertura de la brecha en la cabeza de playa de Normandía en 1944. Entre los fracasos pertinentes está la campaña de guerra nuclear preventiva emprendida a medidados de los 1940, la guerra de Indochina, y la transformación de la sociedad más productiva del mundo, en la masa de escombros económicos y culturales “posindustriales” que hoy prevalece.

Fue, por ejemplo, a través de repasar precisamente los hechos detallados de esos archivos del período de 1922–1945, que por primera vez, en 1984, pude definir con exactitud ciertos aspectos decisivos que siguen teniendo implicaciones, del papel rector del partido nazi en la creación de una red de la sinarquía internacional, tal como la del fascista español Blas Piñar, vinculado al terrorismo, que todavía opera en México y en otras partes de América hoy. Aunque esa información encajaba perfectamente con mi evaluación previa del fenómeno de las insurgencias fascistas de 1922–1945, el precisar el factor sinarquista, por nombre, que había estado detrás de estos fenómenos que todavía persistían, fue algo nuevo para mí en ese momento. Representa conocimiento añadido que ha probado ser un beneficio de importancia decisiva, entonces

y ahora.

Mi razonamiento pertinente fue, en lo esencial, que mi conclusión, en mi condición de alguien ajeno a la élite de seguridad nacional, era que, aunque la Agencia Central de Inteligencia (CIA), por ejemplo, pudiera ser escrupulosa—de permitírsele serlo— al examinar a agentes potenciales en cuanto a sus cualidades tanto de lealtad como de competencia profesional en los campos pertinentes, la dependencia de las universidades de EU como fuente había creado un serio problema de desorientación ideológica dentro de las instituciones pertinentes. Yo sería un intruso, pero las pruebas en este sentido no son en modo alguno secretas; ciertas conclusiones cardinales eran innegables. Esta característica de desorientación frecuente que yo había observado era resultado, entonces y ahora, de la influencia combinada de engendros del liberalismo empirista angloholandés, principalmente.

Entre los objetivos de mi interés de contraespionaje en este respecto, está el efecto de una gran dosis —aplicada durante el transcurso de mi vida al Instituto Princeton, a la Universidad de Chicago del cómplice de Bertrand Russell, Robert Hutchins, y a otras partes— de ese influjo de corrupción asociado con los lados menos agradables de tales corrientes morbosamente decadentes importadas de Europa Central, como el romanticismo y el positivismo lógico húngaro, austríaco y alemán, el existencialismo, la fenomenología, la vileza de la Escuela de Fráncfort, y demás. Esa polución ha inundado las universidades estadounidenses desde entonces.

Es esta corrupción, así originada, que se caracteriza por la prevalencia de la enseñanza de las filosofías existencialistas pro nazis de Nietzsche, Heidegger y demás en las escuelas de filosofía y otras de las universidades y otras instituciones, incluyendo iglesias nominalmente católicas y de varias otras denominaciones hoy. Esto puede verse comparando los anaqueles de las librerías universitarias y otras hoy, con los de apenas hace un cuarto de siglo.

Por ejemplo, todas estas corrientes ofensivas en la vida académica y profesional relacionada contemporánea de EU, tienden a fomentar valoraciones de la configuración de normas económicas que han probado ser mortíferas para nuestro interés nacional en décadas recientes. Entre las peores de entre estas influencias subversivas se cuentan las corrientes extrañas dominadas por aquéllas partidarias de la Ilustración, reduccionistas en lo filosófico, así como reliquias más oscuras del brutal pasado medieval normando–veneciano de Europa, que continúa expresando hoy la sífilis del sinarquismo internacional.

El papel desempeñado por esas desorientaciones del siglo pasado, causadas por la invasión de esas fuentes intelectuales corruptoras a nuestra república, ha probado ser peor en sus efectos que las influencias destructivas que representaron antes los Gobiernos de los presidentes Coolidge y Hoover.

El desafío notable así ubicado es que, aquellas personas y corrientes educadas con esa combinación de filosofías reduccionistas corruptoras, han tendido a forzar a las víctimas

a ver la historia del lugar que ocupa nuestra república en el orden de las cosas, desde la falsa perspectiva de filosofías que, de hecho, eran cada vez más contrarias a la verdadera intención y perspectiva de la fundación y desarrollo de nuestra república.

Para combatir esta subversión requeriríamos un suministro de candidatos bien educados para nombrarlos como funcionarios diplomáticos y de inteligencia, quienes reflejarían una perspectiva de verdad patriótica de los orígenes históricos de nuestra república en la tradición clásica, que se remonta, en las sombras de las grandes pirámides de Egipto, a la Grecia de Tales, Solón, Pitágoras, Sócrates y Platón, y al revivir de esa tradición clásica que trajo el Renacimiento del siglo 15. Esta es la tradición cultural eucuménica de la que son representativos los apóstoles cristianos Juan y Pablo; y también, de modo enfático, la tradición representada por ese Moisés Mendelssohn, personaje central inerradicable del renacimiento clásico humanista del siglo 18, cuya memoria trataron de extirpar de las páginas de la historia alemana y universal los nazis de Hitler, y hasta algunos judíos radicalmente derechistas descarriados.²

La información desclasificada de marras que recibí, era con la intención de que yo enriqueciera mi capacidad de contribuir con el propósito de establecer una academia de inteligencia que EU necesitaba, y cumplió con eso.

Hay una característica relacionada de interés clínico que aparece entre muchos de los errores que exhiben los funcionarios pertinentes de EU y de otras naciones al sopesar el interés nacional. Por lo general, después de haberse hecho el proverbial “buen esfuerzo”, se descubría que el autor de la patochada había dependido de ciertos factores selectos tomados en cuenta, al tiempo que no consideraba, o mal interpretaba el hecho de que son los supuestos axiomáticos persistentes subyacentes los que impulsan las pautas de conducta que conducen a lo que debiera anticiparse constituye una fuente de amenazas a nuestro interés nacional. En tanto que le hace caso omiso a tales supuestos, o recurre a supuestos erróneos, el analista errado trata de derivar un modelo de un conjunto de hechos y sucesos seleccionados, en vez de buscar los axiomas subya-

2. El judío germanohablante, como el representante que le hacía eco al renacimiento yidish en Europa Oriental, emergió de la época en que la influencia de Moisés Mendelssohn irradiaba desde Berlín, como el haber más precioso per cápita de la población total en la ciencia física, en la composición y ejecución artística clásica, en la práctica de la medicina, y así por el estilo. Este era tan alemán como cualquier otro alemán, y una parte muy preciosa de la población total para cualquier alemán patriota. No es ningún interés humano el motivo, ni de los crímenes de Hitler contra esos judíos, ni de los crímenes de los fanáticos sionistas derechistas contra los palestinos. Por tanto, la casi exterminación de esa porción de la ciudadanía alemana, y los crímenes similares perpetrados contra el renacimiento yidish en Europa Oriental, en particular, fueron los crímenes, no de seres humanos, sino de tales como el notorio Torquemada de España, que fue el molde del que se vaciaron tales criaturas como Hitler, transformadas en bestias depredadoras, en virtuales hienas. En otras palabras, hombres y mujeres transformados, de seres humanos, en sinarquistas.



La intención de LaRouche desde los 1970, de crear una academia nacional de inteligencia en los EU, llevó a que desclasificaran, para su uso, documentos de los Archivos Nacionales, entre los que figuraban importantes documentos de inteligencia de la época de la guerra, sobre el sinarquismo fascista. Estos incluían a las redes sinarquistas iberoamericanas que ahora atacan con tanta vehemencia a LaRouche. Él identificó el problema de la generalización de las ideas sinarquistas entre la élite estadounidense, y en particular en la educación universitaria. Gallinazis sinarquistas, o Modo de volar, de Los disparates; Francisco Goya.

centes que han y habrán de generar los sucesos pertinentes de esa clase.

En otras palabras, comete el error cardinal característico del alegato *post hoc ergo propter hoc*, de suponer que las tendencias son determinadas por una serie selecta de sucesos, en vez de buscar el impulso continuo de tipo axiomático que ha generado las medidas a escoger que subyacen a la alternativa expresada por una serie de sucesos pertinentes.³

En el transcurso de abordar ese problema de fondo en la composición de las evaluaciones nacionales de inteligencia, también ofrezco aquí las siguientes indicaciones de la experiencia que me ha conducido por el rumbo que, a lo largo de varias décadas, me llevó al punto cuando primero formulé mi propuesta para que se estableciera un instituto nacional de inteligencia, empezando a finales de los 1970.

2. El uso del drama clásico como historia

Al mismo respecto, recientemente y de forma repetida, expresé mi deleite con la noticia de que iba a montarse una producción de la obra teatral de Clifford Odets, *The Big Knife* (El gran cuchillo). Este deleite vino de que reconocí el valor de esa obra para darle a las jóvenes generaciones de hoy barruntos de las causas del fracaso moral generalizado, ya sea por omisión u otras causas, de lo más representativo de las generaciones de sus padres y abuelos a partir de 1946.

Esta fue una experiencia valiosa, por cuanto la presenta-

3. Platón y otros preeuclidianos hubieran descrito semejante modelo generado bajo un impulso de tipo axiomático, como un “poder” (*dinamias*), como en el diálogo *Teetetes* de Platón.

ción de esa obra nos ayuda ahora a hacerle claro algo de importancia a la “generación X” y a los jóvenes adultos de hoy, de entre 18 y 25 años de edad. Esa obra, y otras semejantes, llaman la atención a la fuente de esa corrupción generada durante los años de Truman, que le pasaron a las generaciones sucesivas subsiguientes los jóvenes adultos de esa época anterior, para producir el horror que hoy amenaza al mundo de los jóvenes adultos de la actualidad. También nos ayuda a impartir un sentido de la forma en la que los procesos históricos han determinado la historia de la civilización europea a partir del nacimiento de esa civilización, con la ayuda de lo que Sócrates probablemente hubiera llamado la “partería” de Egipto, en lo que hoy llamamos la antigua Grecia, hace casi tres mil años.

Lo bello del tema de Odets en esa obra, es que emplea un método artístico de características clásicas, uno de especificidad histórica ejemplar, para el entendimiento del pasmoso punto de inflexión descendente en la historia de nuestros EUA de 1944 a 1952. Así, este drama expresa el mismo principio de presciencia que encontramos como el principio de composición dominante de opinión crítica de Platón de la tragedia clásica griega de su época, y en las obras de Shakespeare y Schiller.

Con frecuencia he empleado el ejemplo de la geometría como un medio para aclarar la naturaleza y el papel que tiene un principio de presciencia en darle forma a la conducta tanto de individuos como de períodos enteros de culturas nacionales y más amplias. Fue a este respecto, que mis descubrimientos absolutamente originales en la ciencia de la geometría física recurrieron al tratamiento que Riemann le da a la cuestión de la geometría en, por ejemplo, su disertación de habilitación de 1845, y en su obra complementaria, publicada de manera postuma, de reflexiones filosóficas sobre la obra de

ción nacional, hay una cierta división entre recabar la información, y digerirla en la forma que responde a la pregunta: ¿a dónde yacen nuestros intereses nacionales? La respuesta a esto por lo regular no se encuentra donde propone alguno de los presentes dogmas de moda o rebelde; la función de inteligencia nacional debe tener la responsabilidad de poner al descubierto, por encima de todo, las implicaciones prácticas históricas del dogma reinante generalmente aceptado, aun el de nuestra propia nación, que hoy amenazan. Los peores desaciertos con frecuencia son los de las principales instituciones de una nación, como el que la Presidencia, hoy dominada por Cheney, pudiera perpetrar contra todos nosotros. La función de la inteligencia nacional al más alto nivel debe concentrarse en determinar qué nociones de interés nacional deben aplicarse para evaluar los efectos perniciosos a mediano y largo plazo que resultarían de continuar la práctica del dogma hoy vigente.

El dogma no debe juzgar las evaluaciones de la inteligencia nacional; más bien, las evaluaciones de inteligencia nacional deben suplantar al mero dogma, aun el dogma oficial del momento. Esta podría ser una tarea difícil para agencias que tienen que tratar con un presidente tan simplista y puramente prejuiciado como George W. Bush, pero tal vez eso sólo demuestre que necesitamos una nueva calidad de presidente, uno más receptivo a las ideas serias que exige un período de crisis graves.

El giro derechista de 1945–1952

Inicio la porción que sigue de mi razonamiento enfocando en el tema de la presciencia.

Pausemos aquí por un momento para pasar revista al grueso de mi conversación con el productor de *The Big Knife* de Odets, sobre mi propia experiencia personal con el tema de esa obra teatral. Esa conversación, de la que se recapitulan algunos elementos esenciales aquí hoy, los introduciré a dos temas interdependientes. Primero, demostraré el significado de ese término, “especificidad histórica” que subyace toda representación de tragedia clásica, y también de la historia de la vida real. Segundo, demuestra que el mismo principio es decisivo para realizar la tarea pendiente de la inteligencia estratégica, tal como entender por qué la actual civilización mundial esta al borde de sumirse en una nueva y prolongada edad de las tinieblas global hoy.

Yendo al punto planteado: aun a lo largo de 1933–34 yo experimenté el surgimiento gradual de un relativo optimismo entre aquellas porciones del pueblo estadounidense a las cuales estaba expuesto en ese tiempo, y de la manera más enfática, a los miembros de mi propia generación. Aun en las condiciones todavía deprimidas de 1938, la era de Roosevelt representaba un repunte penosamente lento, pero, no obstante, seguro. Esto prevaleció hasta julio de 1944, cuando los barruntos de la temprana derrota final de Alemania y Japón dieron pie a un espíritu de optimismo entre los estadounidenses en general (tomando en cuenta una porción normal de excepciones a

esto). Desafortunadamente, la traición a los conjurados alemanes de julio por aquellos que, del lado de los aliados, querían prevenir la rendición “prematura” de Alemania, señaló que se desataba un giro a la derecha, contra Franklin Delano Roosevelt, entre los aliados, incluyendo ciertos círculos de EU entonces.⁴

De súbito, como yo experimenté esto entre mis camaradas soldados en ese entonces, ese optimismo menguó al oírse las primeras noticias de la muerte del presidente Roosevelt. El día de la victoria en Europa fue jubiloso, pero el de la victoria contra Japón no. Las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki agriaron la victoria. Para la primavera, de vuelta a EU, las cosas empezaban a ponerse negras.

Los veteranos que regresaban y sus esposas ambiciosas en extremo, estaban inquietos, ansiosos de “compensar” lo que para muchos de ellos eran “cinco años perdidos”. Al héroe de la guerra con frecuencia se le trataba en su casa como “ese vago que está haraganeando en el sofá”; el mensaje que recibía ese veterano del servicio militar era: “¡Levántate, patán holgazán desagradecido, y atiende los intereses de tu familia”. Esa generación en lo general, estaba apurada a establecer familia, a aprovechar la vía rápida que ofrecía la educación superior, que tal vez podría conducir pronto a los grandes billetes y al nuevo estilo de vida que deseaba. Andaban apurados, y no siempre eran escrupulosos en cuanto al daño moral y de otra índole que pudieran causarse a sí mismos y a otros en su celo incauto por apurarse.

Así que en 1947 le escribí una carta breve al general Dwight Eisenhower, implorándole que contendiera por la candidatura presidencial demócrata en contra del presidente Truman, alegando de forma sucinta que lo hiciera para evitar que se traicionara ese orden mundial mejor, que muchos de nosotros habíamos pensado era la promesa implícita de la

4. Es claro de manera implícita, que la coincidencia esencial de la intención de usar las nuevas bombas nucleares para configurar al mundo de la posguerra —con la puesta en marcha del plan de Lindemann, de bombardeos intensos contra blancos civiles en las ciudades de una Alemania ya en esencia derrotada—, que tales sucesos, incluyendo la catástrofe diversionaria de “Market Garden” del mariscal de campo Montgomery, eran parte del plan de la facción utopista que surgía de prolongar la guerra, tal vez hasta presentarse la oportunidad de arrojar bombas nucleares experimentales sobre Berlín. El arrojar bombas incendiarias sobre Tokio, contraproducente en lo militar, tiene las mismas connotaciones. En mi primera reunión con el profesor Von der Heydte, quien había comandado la retaguardia del mariscal Rommel durante la retirada de El Alamein, yo empecé, apenas chocamos las manos: “General —a la sazón él era un general de brigada en retiro en las reservas de la Alemania de la posguerra—, ¿está usted de acuerdo con mi opinión de que Montgomery era el peor de los principales comandantes aliados durante la Segunda Guerra Mundial?” Él respondió: “Usted no me puede decir a mí nada malo sobre Montgomery. Él salvó mi vida. Yo tenía el mando de la retaguardia de Rommel, y si Montgomery me hubiera flanqueado, yo estaría muerto”. Los yerros intencionales de Montgomery, un disparatado energúmeno racista antiafricano hasta la senectud, probablemente postergaron la victoria aliada en Europa por mucho más de dos años. Tal vez esa fue la razón de que Churchill empleara a Montgomery para remplazar a comandantes británicos de probada excelencia profesional.



El largo y trágico viraje en la práctica militar, exterior y económica estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial, empezó cuando, en 1944, los círculos sinarquistas estadounidenses anticiparon la derrota de Hitler y la muerte del presidente Franklin Roosevelt, y metieron como cuña a su peón Harry S. Truman entre Roosevelt (izq.) y su vicepresidente, Henry A. Wallace (der.).

conducción de Franklin Delano Roosevelt durante la guerra. Eisenhower respondió describiendo mis preocupaciones como “incuestionables”, pero aseveró que éste no era su momento para buscar la Presidencia. Yo estaba en lo correcto en cuanto a mi planteamiento y, a su manera, Eisenhower también en el suyo. Pero, para 1948, todo en lo político era feo. Un pánico “derechista” —del cual el posterior “macartismo” fue una mera continuación del “trumanismo”— había hecho presa de la mayoría de la población con total y pasmosa mezquindad.

Cuando Eisenhower reemplazó a Truman el mundo vino a ser de súbito un lugar relativamente más seguro en el cual vivir; pero se le había hecho un daño grande, esencial, a los veteranos de la reciente guerra, y también a sus hijos, los llamados “sesentiocheros”, que asimilaban la corrupción sembrada en la gente y en las instituciones de EU en la era de Truman.

Este cambio, como fue experimentado en EU en los años de 1945 a 1948, ubica el *punctum saliens* de *The Big Knife* de Odets. Es un cambio que fue específico de esas circunstancias históricas exactas, después de las cuales el pueblo de EU nunca sería el mismo que antes fue, bajo Franklin Roosevelt, o en cualquier otro período de la historia de nuestra nación.

El meollo de este cambio para el mal fue un nuevo conjunto de “valores” axiomáticos. Pocos de esa generación y la próxima, que vivieron en ese tiempo de cambio como adultos y, en especial, como jóvenes adultos, supieron lo que les pasó a sus mentes; andaban tan apurados que no tuvieron tiempo de descubrir para dónde iban en realidad.

Los más astutos de la primera de esas generaciones —los de la generación que fue a la Segunda Guerra Mundial—, tales como el autor teatral Odets, pudieron señalar con precisión un sentido de una fuerza de cambio que guiaba el impulso de los

años de la posguerra en una nueva, y peor, dirección. Odets era a todas luces un autor teatral con suficiente perspicacia como para reconocer que son las tendencias las que determinan los sucesos, no un conjunto de sucesos selectos, sino las tendencias. Los grandes dramaturgos, y algunos actores clásicos, sí desarrollan un sentido de presciencia más agudo, como lo hicieron Shakespeare y Federico Schiller, por la naturaleza de los retos que plantea enfocar con seriedad la práctica de su profesión. De los hechos que conozco de mi propia experiencia independiente de esa época, puedo atestiguar, sin lugar a dudas, que Odets vio las tendencias que vi yo, y que sintió la traición que embestía a la causa de nuestra nación, de la misma forma que yo en ese entonces; pero la misma realidad que abrumó su conciencia aterrada, causó en mí, por el contrario, la búsqueda de una forma de luchar aun contra fuerzas superiores. Esto es lo que quiero decir al referirme a su “presciencia” y la mía.

Esa clase de “presciencia” es la antesala de la hipótesis platónica. En tales tiempos queda demostrado que algo paradójico ha tenido parte en el asunto, dándole forma a “el modo como suceden las cosas”, una forma distinta a “como iban las cosas” antes.

En la ciencia, como en el caso del singularmente único descubrimiento original de Kepler de la gravitación universal, las presciencias de esta clase impulsan al descubridor, como hicieron conmigo, a buscar una hipótesis bien definida, la cual, de comprobarse, sirve de acceso para dominar un principio físico universal recién descubierto. En mentes menos desarrolladas, la “presciencia” de un período tal como el de la relativa decadencia de los años de Truman, se siente, pero nunca se aborda con eficacia.

En manos de los mejores artistas, la presciencia de semejante período de la historia es presentada como una tragedia

clásica, cuyo punto de referencia siempre es un lugar y un tiempo específico de la historia real. De allí que el *Ricardo III* es una obra maestra de penetración en el carácter de principio de la caída del poderío normando, Plantagenet y Anjou, que había reinado en Inglaterra desde la conquista normanda. Así, en la tesis de la obra de Odets, no hay un tiempo ni lugar en el universo donde pueda situarse la obra para su “interpretación” honesta, fuera de las circunstancias históricas específicas en las cuales sucedieron en realidad los hechos. Ese es el principio del drama clásico que rige la ejecución o “interpretación” competente de la obra teatral, lo que llamamos el principio de especificidad histórica.

La corrupción de la obra clásica típica de los románticos, por ejemplo, yace en el intento de la mente estrecha de extraer una perogrullada moralizadora relativamente infinita del drama, mediante el truco de remplazar el principio expresado como la “presciencia del drama” con alguna pequeñez práctica moralizadora, de una forma descuidadamente generalizada y con frecuencia dogmática.

Esta clase de moralización trivial de corte académico la expresan los pedantes dogmáticos como una suerte de “aplanar” las facultades intelectuales superiores, simplificándolo todo con generalizaciones más fáciles hechas a la ligera, y evitando cualquier consideración de una bien definida cualidad científica de principio pertinente. Esta es la suerte de mente que lo ha aprendido todo, pero sabe poco más o menos que nada. Lo que impele a los románticos a salir con esas “explicaciones” a la ligera, es la fuga al estilo del pedante presa del pánico, del dominio cognoscitivo, donde las mentes ven las acciones como fruto de principios, hacia una suerte de visión ahistórica de la historia como un juego de conectar los puntos, como una maraña de escándalos.

La historia, la música y el drama en tanto ciencia

Consideren la composición clásica, como en el caso de la escultura clásica y, de manera comparable, en los principios específicamente antirrománticos de composición y ejecución desarrollados de forma sucesiva por la obra de toda una vida de tales rigurosos compositores clásicos antirrománticos como J.S. Bach, Josef Haydn, Wolfgang Mozart, Ludwig Beethoven, Franz Schubert, Félix Mendelssohn, Robert Schumann, y Johannes Brahms. Vean la historia real a través de las tragedias basadas en la historia y la leyenda de escritores tales como Esquilo, Shakespeare y Schiller. Tal es el gran arte clásico en todas sus manifestaciones. Las tragedias clásicas comparten en común la distinción cualitativa —a diferencia de cualquier otro intento de componer arte, y también de ejecución de composiciones clásicas— de tener como premisa el papel decisivo que tiene la presciencia de un punto de inflexión en el proceso histórico-específico, que es el tema que define esa composición.

Tomen el caso de la composición musical clásica como un ejemplo de arte definido de una forma clásica, por un proceso histórico real.

La composición musical clásica, incluyendo el concepto del buen temperamento (a diferencia del temperamento igual), tiene raíces profundas en la civilización europea extendida al orbe. El principio era conocido por la Academia de Platón en Atenas; Platón hace referencia explícita a ello en su *Timeo*, y Johannes Kepler le hace eco a Platón al respecto a través de desarrollar la ciencia física moderna. En la civilización europea moderna a partir de J.S. Bach los conceptos claros de pertinencia decisiva para el desarrollo de la composición se arraigan en lo esencial en el énfasis dado a la aprehensión de las características, de una forma específicamente florentina, del *bel canto*, del conjunto integrado del arca de voces cantantes humanas. (El concepto de un cuerpo de “música instrumental”, distinto a la música vocal, no existe en realidad dentro del dominio de la composición clásica. A los instrumentos musicales les enseña a cantar la imagen de la voz cantante humana concebida por el compositor y el ejecutante; y las arcas de instrumentos musicales clásicos evolucionaron para cumplir este requisito de la ejecución. El concepto de “música instrumental” que pretenda imitar la composición clásica y su ejecución por algún medio instrumental “independiente”, pertenece al dominio irracional del romanticismo, o de algo peor).

La música definida por medio de un arca antirromántica de voces cantantes humanas, desarrolladas mediante el *bel canto* florentino, se establece con el desarrollo del sistema bien temperado de contrapunto de Bach. Prácticamente no hay nada en la composición clásica a partir de entonces, que no descansa de manera directa en la fundación del desarrollo de Bach. En este punto del presente informe, quiero recalcar la característica específicamente histórica de que el desarrollo de toda composición y ejecución competente de música clásica no se arraiga en ninguna otra cosa que la obra de Bach que la precedió.

Por ejemplo, fue a través de la influencia directa de Carl Philipp Immanuel Bach, uno de los hijos de J.S. Bach, que el joven Josef Haydn desarrolló la fase inicial de sus logros. Fue la influencia directa de la obra de Bach en Haydn y también en Wolfgang Mozart, a partir de las veladas realizadas en torno al salón de Van Swieten en Viena empezando más o menos en 1782, que el legado de Haydn y Mozart le fue transmitido a un Beethoven que ya estaba instruido en fuentes tales como *El clavecín bien temperado*. Lo más alto del concepto de un método de composición estrictamente clásico, que de nuevo se remonta a Bach, son las llamadas composiciones del llamado último período de Beethoven, de las que son notables las *Variaciones de Diabelli*, la *Missa Solemnis*, y los últimos cuartetos de cuerdas. Comparada con el resto de los últimos cuartetos de Beethoven, la *Grosse fugue* expresa un orden de desarrollo del contrapunto por encima de los demás, constituyendo así la cima de la realización de Beethoven del potencial intrínseco en la obra más madura de Bach. Hay que reconocer que Félix Mendelssohn y su joven colega Robert Schumann llegaron a hacer eco de los niveles logrados por

Beethoven en la tradición de Bach. En el transcurso de este desarrollo, Brahms le hace eco a todos ellos; hemos progresado muy poco en la composición desde entonces, más o menos tropezando con futilidad en un intento frenético por encontrar, como por accidente, aquéllo que en lo general se le perdió a los poderes de invención del siglo pasado.⁵

En este proceso, como en el de la historia del progreso de la ciencia física, las ideas del sucesor son, más o menos a ese grado, un reflejo en la mente de una persona de la obra de sus predecesores, en general notables. La conciencia del artista clásico tiene la forma de no hacer nada que podría calificarse de vergonzoso, o de otra forma falso, mientras él o ella está bajo la vigilancia de la memoria viviente de esos predecesores que tiene en su propia mente.

El hombre es en esencia una especie histórica, en este sentido del término. Los animales transmiten, en lo principal, el legado genético de generación precedentes. Igual, hay que reconocerlo, hace la raza humana; pero, aquello que distingue lo que debe considerarse como el desarrollo normal de un representante de la especie humana de las bestias, es la parte característica de lo que se transmite de generación en generación, es esa calidad de ideas que el método de hipótesis de Platón relaciona con la noción de “poderes” (por ejemplo *dúnamis*), en vez de tan sólo material genético. Por ideas nos referimos a aquellos descubrimientos de principio que Platón (entre otros preeuclidianos) define como una calidad causal denominada “poderes” (de nuevo, *dúnamis*), contrario al concepto patético, reduccionista, de “energía”, un mero efecto, de Aristóteles y los empiristas. El papel hereditario que tiene la obra de Bach en toda composición y ejecución competente de la música clásica, representa la calidad específicamente humana de la composición clásica, a diferencia del romanticismo y el impresionismo del chimpancé.

Este alegato a favor de la música clásica ilustra el principio más general, universal, de todas las artes y ciencias, que la historia de las ideas siempre ubica el nacimiento de una idea de una forma específicamente anticartesiana, como algo que ocurre dentro de un lugar histórico específico singular en la totalidad de las “esféricas” de la experiencia sensorial de la existencia humana, un suceso que ocurre precisamente ahí, y no en ninguna otra parte.

El drama clásico, la tragedia clásica de la forma más clara, sitúa ya esos sucesos reales o legendarios en un lugar y un tiempo histórico específico. Los sucesos representados perte-

5. Por desgracia, las *Variaciones de Diabelli* son ejecutadas con frecuencia con un estilo de teclado romántico, que oscurece la polifonía en aras de las necesidades emocionales que siente el ejecutante. Esto es especialmente notable cuando uno toma en consideración la reacción, al principio hostil, del propio Beethoven al tema de Diabelli, y luego toma en cuenta las implicaciones más sutiles de ese tema que Beethoven reconoció más tarde, y que luego recalcó en su composición del ordenamiento de las variaciones. La *Missa Solemnis* ha sufrido en cuanto a ejecución, en razón de los rasgos técnicos de las representaciones convencionales modernas, los que en sí son señal de nuestros tiempos, no de Beethoven.



El teatro Mercury de Orson Wells —famoso por su experimento de ingeniería social, del fraude de “La guerra de los mundos” — lanzó el ataque contra la especificidad histórica y la verdad de la tragedia clásica, con su montaje de Julio César de Shakespeare, por ejemplo, en el escenario y vestuario de las dictaduras fascistas de los 1930.

necen a ese tiempo.

La importancia de someter al drama de forma estricta a la especificidad histórica, como insistía Schiller, define a esa y otras expresiones del arte clásico como veraces, lo que no es el caso para el romanticismo, por ejemplo.

Por ejemplo, la puesta en escena de *Julio César* que hizo el teatro Mercury de Orson Welles, como si fuera una representación al estilo del Partido Comunista (“proletkult”) de una parodia en vestuario del fascismo contemporáneo, fue algo parecido al odio a la razón que expresaba el muy enfermo y perverso Bertolt Brecht, un pionero del llamado “Regietheater” (teatro del director) en Alemania, una práctica que, junto al desgaste por muerte en las filas de una legión de artistas capacitados de épocas anteriores, ha eliminado prácticamente la capacidad en la Alemania de hoy de producir una representación competente de una obra dramática clásica. Ahora intercalo un planteamiento nuevo sobre un asunto pertinente respecto al principio de la tragedia clásica, que con frecuencia he planteado en otros escritos.

En principio, Orson Welles mintió; la presentación de su teatro Mercury fue una mentira que rechazó el principio de la

verdad que es la especificidad histórica. La representación falsa de la ubicación de las ideas en la historia es la más nociva de todas las mentiras, mentiras que matan la memoria de las almas, con frecuencia en masa.

3. El ciudadano de Schiller en el teatro

Desde temprano en su carrera de dramaturgo, Federico Schiller subrayó que había escogido el drama como la forma apropiada para llevar el conocimiento de la historia real a la sociedad. Elaboró lo mismo en sus disertaciones de Jena sobre el tema del estudio y la enseñanza de la historia. Recalcó que la función del teatro clásico es presentar la historia o la leyenda de tal forma que el público, el hombre pequeño o la mujer pequeña, el ciudadano que entra al teatro para esa presentación, salga del mismo, no sólo informado, sino como una mejor persona que la que entró.

No hagan un mero comentario ni salgan con una mera ocurrencia sobre el planteamiento de Schiller; esa experiencia de su teatro clásico es en sí misma una expresión de verdad histórica. Vivan su teatro, como deben hacer con la clase de verdad que expresa un drama de Clifford Odets; vivan ese espejo de la historia dentro de ustedes mismos.

No hagan un mero comentario ni salgan con una mera ocurrencia sobre el planteamiento de Schiller; esa experiencia de su teatro clásico es en sí misma una expresión de verdad histórica. Vivan su teatro, como deben hacer con la clase de verdad que expresa un drama de Clifford Odets; vivan ese espejo de la historia dentro de ustedes mismos.

A este respecto, el rasgo relativamente excepcional de la obra teatral de Odets está en el hecho de que sólo parece infringir la costumbre de elaborar una tragedia clásica de verdad, la cual consiste en organizar los desarrollos de todo el drama en torno a un personaje (o personajes) decisivo protagónico de la historia real, del proceso social en el que ocurrieron los desarrollos históricos pertinentes. En la mayoría de los casos el autor teatral está obligado a enfocar sobre las figuras protagónicas de esa sociedad, ya que así es como, de hecho, se define la historia en los períodos de crisis existencial. En el común de los casos, un drama que no siga la costumbre no cumpliría la pauta establecida por Schiller para lograr el efecto en el público.⁶

De nuevo, contrario a los prejuicios populistas y afines sobre el tema de la democracia, así es como se hace la historia real, incluyendo la historia en curso en EU en estos momentos; donde, aparte del desbocamiento a favor del candidato Franklin Roosevelt, rara vez son los votantes los protagonistas del proceso electoral, sino que tienen un rango un poquito más alto que los “extras” contratados para llenar los puestos, de otra forma vacíos, que sobran donde tiene lugar el amarre

6. En realidad, la traza empleada por Odets para montar la tragedia *The Big Knife* es comparable al empleo que hace Schiller de personajes relativamente menores para hacer el papel del héroe en la tragedia *Wallenstein*. De ese modo, de faltar un héroe real la prescencia de un héroe la aporta el público. Esta traza, en semejante situación, evita el problema que plantea Platón en su crítica de los dramaturgos clásicos griegos.

dramático de arriba a abajo de las elecciones.⁷ De común, los candidatos principales aparentes no son los candidatos principales —las virtuales “estrellas de Hollywood”— por ser los mejores actores, ni porque debieran haber sido los candidatos principales, sino porque el escenario fue amarrado de antemano como si fuera en el “lecho de escoger el reparto de la historia”, por asqueroso que te parezca, para hacer ver que fue un acto voluntario de la gente; en últimas, una vez haya pasado el entusiasmo por el triunfo del ganador, se hará aparente de manera gradual que los votos de los ciudadanos contaron poco más que el aplauso del auditorio para una escenificación cuidadosamente montada en la cual el electorado también actuó el papel que se le asignó, como si fuera un guión.

‘El síndrome de Cicerón’

Esto incluye el truco pertinente empleado por Shakespeare al mantener al no visto Cicerón como poco más que una pasmosa prescencia de la condena y el fin trágico de Roma en la escena, mientras, de hecho, no abandona el hecho histórico de que Cicerón era de manera implícita un personaje clave del *Julio César* de Shakespeare, y del período real de la experiencia de Italia de su tiempo. El mencionar aquí la especificidad histórica de ese papel de la vida real de Cicerón, ayudará a lograr un entendimiento más claro del principio de “prescencia” involucrado.

La simbiosis entre el poderío imperial marítimo de la oligarquía financiera veneciana con la hidalgía normanda, no es un mero eco del gobierno imperial romano de los césares. Este papel de corte cesarista de la hidalgía normanda, como lo representa el caso tratado por Shakespeare en sus dramas sobre la historia de Inglaterra, era característico del sistema *ultramontano* bajo el mito de la “Donación de Constantino”, un mito que, pese a las protestas de Carlomagno, dominó a Europa desde el período que precedió a la conquista normanda de Inglaterra hasta la aparición de los primeros Estados nacionales modernos en el transcurso del Renacimiento del siglo 15. Esto trae al personaje político educado en los clásicos griegos, al Cicerón del Senado, próximo a la derrota inflingida por Enrique VIII a Ricardo III, y al establecimiento previo

7. De haber vivido el presidente John F. Kennedy para candidatearse para ocupar el cargo por segunda vez, de seguro habría ganado la reelección honestamente por una abrumadora mayoría del voto popular, posibilidad que puede haber impulsado a ciertos círculos poderosos a desear su muerte (lo mejor que podría hacer un presidente, o candidato presidencial, para precaverse, sería nombrar al interés poderoso con el motivo más apremiante, y la capacidad de llevar a cabo semejante hecho. A veces, ese ponerle el cascabel al gato por precaución ha funcionado). Clinton ganó su primer mandato con ayuda de la orientación económica chapucera de George H.W. Bush, padre, y también de Ross Perot. Su contienda por la reelección reflejó un desempeño patético por parte de la campaña de su contrincante, combinada con una ira aterrada de gran parte de la población por los alborotos abiertamente fascistas del presidente de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, como vimos en la derrota abrumadora (que ayudamos a lograr) que sufrió Oliver North en 1994, en su intento de ser el senador de EU por Virginia.

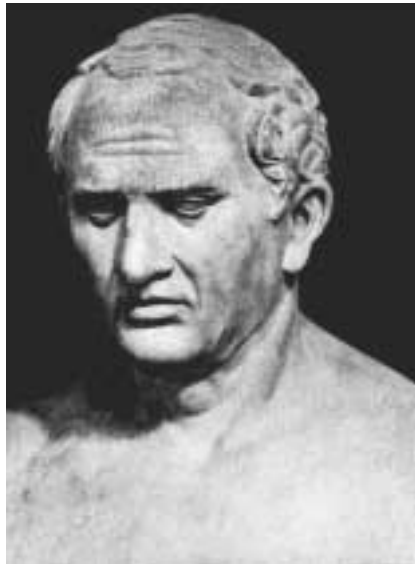
del primer Estado nacional moderno por Luis XI.⁸

Peor todavía, el papel que tuvo la Inquisición española en la expulsión al estilo de Hitler de los judíos de la España de Isabel I, y el papel que tuvo la monarquía española en las guerras religiosas del intervalo de 1511–1648, es el marco inmediato en el que Shakespeare, un seguidor de Tomás Moro, luchó contra enemigos políticos venecianos de su época tales como los círculos del agente de Paolo Sarpi, sir Francis Bacon. Esas fuerzas de la misma época que Shakespeare representaban un resurgimiento de esa tradición *ultramontana* al estilo de los césares, de la cual Enrique VII había librado a Inglaterra con anterioridad. En la Inglaterra del rey Jacobo I de sir Francis Bacon, el propio Shakespeare representó el papel de un personaje ciceroniano; el papel que él desempeñaba era opacado por los ataques coléricos de Bacon, de la celebridad a la muerte, a los años de oscuridad personal ordenados por Bacon y compañía, para abrirle paso al nuevo orden decadente en el que Shakespeare, como el Cicerón del mundo del cadáver de Julio César, ya no tenía lugar.

De allí que el *Julio César* de Shakespeare es específico al tiempo y lugar real al cual se refiere; pero, sin perder ni un ápice de esa especificidad histórica original, también hace referencia al legado resucitado del cesarismo que todavía acechaba como una presciencia en Europa, en general, y se derramaba desde Venecia hacia Inglaterra en particular al presentarse la obra. De esa forma provee una presciencia, con la ayuda de la sola referencia a Cicerón, de ese ordenamiento multigeneracional a partir de la época de Julio César y Cicerón, dentro de la historia más amplia en la que ocurría el surgimiento del cesarismo. Que esto no sea también para ti, como para un pobre tonto asesino de la obra de Shakespeare, “para mí eso está en griego”.

Ahora fíjate en la tesis de Schiller respecto a lo que toca al ciudadano.

El ciudadano entra al teatro. Rápidamente, al arrancar el drama en el escenario iluminado dentro del teatro oscurecido, la mente del ciudadano sentado en el público lleva su atención de los actores y el diálogo de corte socrático en la escena, al



Shakespeare usó, con extraordinario conocimiento histórico, a un personaje único que hizo frente al “cesarismo ultramontano” de su época, Marco Tulio Cicerón, como “una pasmosa presciencia de la condena y el fin trágico de Roma en la escena”, en Julio César.

personaje que representa el actor en el escenario de la imaginación del espectador, como advierte Shakespeare al entrar en escena el “Coro” en *Enrique V*. Si la representación es buena, como lo era en las presentaciones públicas de las antiguas tragedias griegas, el espectador no ve a los actores como tales durante el resto del acto, sino hasta después de bajar el telón por última vez, cuando los miembros del elenco aparecen como ellos mismos frente al telón.

Que él vea a *Hamlet* así, entonces, cuando llega al soliloquio del Tercer Acto, el espectador es cautivado al escuchar que Hamlet no teme morir por la espada, pero que preferiría meter una estocada, de preferencia a otro, o tal vez a sí mismo, todo con gusto, con tal de acallar el terror que siente Hamlet por no saber las consecuencias de haber vivido, lo que viene después de la muerte. Luego, más tarde, cuando el cadáver de Hamlet es removido de la escena, Fortinbrás lánzase adelante para continuar la locura sagrrienta, mientras Horacio, en un aparte, le dice de modo ominoso al auditorio inglés de la obra de Shakespeare: Hagamos una pausa para reflexionar sobre estos hechos sangrientos que acaban de suceder, no sea que esta locura nos sobrecoja de nuevo.

Al abandonar su asiento el espectador, que ha absorbido todo esto del trabajo de una compañía competente de actores clásicos, su mente está henchida de la necesidad de emitir un juicio sobre la locura que acaba de ver presentada en el escenario de su imaginación. Ahora piensa como un verdadero ciudadano, como uno que debe asumir la responsabilidad moral e intelectual por un gobierno competente para su propia nación, para que su gobierno no cometa las locuras que él acaba de ver representadas. Sale del teatro, entonces, como un mejor ciudadano que cuando entró.

De todo lo que el ciudadano ha visto, conoce algunas cosas; intuye algunas otras, pero sólo como presciencias, como atisbos paradójicos que bastan para advertirle que hay

8. Bajo el legado del derecho romano imperial y, por tanto, bajo el dogma fraudulento de la “Donación de Constantino”, el derecho de legislar como tal era un privilegio único del emperador, no de los reyes ni otros funcionarios locales parecidos. Según el timo de la “Donación de Constantino”, la autoridad imperial en la totalidad del cristianismo occidental había sido donada por el emperador Constantino a la autoridad hereditaria de un *pontifex máximus* imperial romano, el papa. De ahí la importancia para Venecia de retener el control sobre el papado, y las luchas consiguientes entre reyes y emperadores, de un lado, y los ocupantes de la Santa Sede controlados por Venecia, del otro. El derrumbe del papado en el transcurso de la nueva Edad de las Tinieblas del siglo 14, fue consecuencia de esta insensatez *ultramontana* en que la Iglesia cayó bajo el dominio de la oligarquía financiera veneciana, como un instrumento del imperio *ultramontano* en todo el occidente de Europa. El gran concilio eucuménico de Florencia del siglo 15, parte de un proceso que restableció el papado, y el Renacimiento como un todo, fueron odiados por la facción *ultramontana* en la que los Habsburgo asumieron un papel rector en el intervalo de 1511–1648.

más cosas de importancia sobre las cuales debe pensar. Estas presciencia a veces le vienen, como alguna vez he ilustrado el principio de ironía: “¡Come pollo! ¿A quién?”

Este desafío de hacer la presciencia comprensible nos trae a lo que debiera ser, entre nosotros, el tema conocido del ataque de Carl Gauss de 1799 a los fraudes perpetrados por Euler y Lagrange. He aquí la llave para definir de forma competente el verdadero interés nacional.

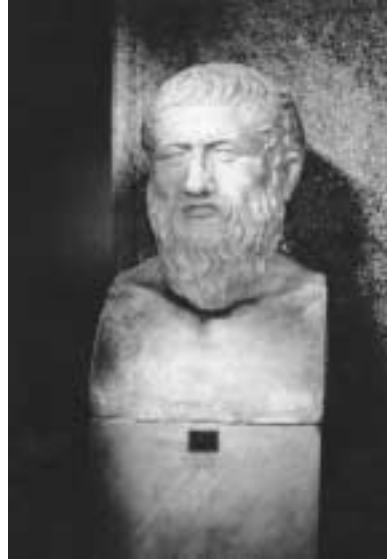
5. Platón, Kepler y Gauss, una vez más

El principio del que depende todo conocimiento humano competente, incluyendo las evaluaciones estratégicas nacionales capaces, es la distinción comprobable que aparta de forma absoluta al individuo humano de todas las otras especies vivientes, y lo pone por encima de ellas. Esta distinción no puede estar arraigada en una mera doctrina enseñada; debe conocerse de la misma manera que Johannes Kepler vino a conocer el principio de gravitación universal, como una hipótesis platónica comprobada mediante experimento. El tan sólo creer lo que enseñan las autoridades de fiar podría ser locura, y en general lo es; preferir creer solamente, más bien que saber de verdad, es incompetencia en la evaluación y la planificación estratégica. “Sí, ¡pero las autoridades a las que debo respeto me lo han dicho!” es característico de la gente que prefiere obedecer a las que cree autoridades, como un perro que pide golosinas, en vez de realmente pensar. En vez de semejante comportamiento perruno, mejor sería conocer, y ante todo “conocer a ti mismo”. A este respecto, como prometí, presento de nueva cuenta un resumen de las razones por las que hago hincapié en el trabajo de 1799 de Gauss, del *teorema fundamental del álgebra*.

Mi planteamiento a ese efecto es como sigue.

Lo que quiero señalar es, primero, que en ese escrito Gauss hace algo que no osa hacer en ninguna obra publicada posteriormente sobre el mismo tema: pone al descubierto a Leonhard Euler y a su protegido Lagrange, como defraudadores deliberados, por negar, por motivos ideológicos y de forma fanática, realmente religiosa, la existencia física del dominio complejo. Esta singularidad del escrito de Gauss refleja, tanto la persecución sufrida por los colegas de Gauss en la Universidad de Gotinga, y de la manera más enfática por el propio Gauss, a manos del principal patrocinador francés de Lagrange, el emperador Napoleón Bonaparte, como la cacería de brujas desatada contra los copensadores científicos franceses y alemanes de Gauss en Francia bajo el régimen de la Restauración monárquica dictada por Londres, y la influencia de los pro fascistas implícitos correligionarios de Hegel y Savigny en círculos oficiales de Berlín.⁹

9. Gauss no habló de esto, ni siquiera de forma semipública, hasta que fue provocado, en discusiones con Janos y Farkas Bolyai, al anunciar Janos



Con la idea de Platón de que el alma, o el espíritu, radica en la razón creativa del ser humano hecho a imagen del Creador del universo, lo espiritual no es algo que yace por fuera de la realidad física, sino en el centro de los procesos de la realidad física del universo. No hay tal división entre las ciencias físicas, y las artes y las ciencias de la mente, como la que empapa las perspectivas modernas de la “Ilustración”.

En el segundo y más pertinente rasgo de ese escrito de 1799 para nuestros propósitos aquí, Gauss hace referencia al planteamiento característico de los pitagóricos y Platón, sobre el tema del carácter paradójico de doblar la línea, el cuadrado y el cubo. La importancia de este aspecto del escrito de Gauss para la física matemática escolar es doble. Primero, define la distinción entre la geometría física de unas matemáticas de torre de marfil axiomáticamente reduccionistas, tales como las de los empiristas y sus hermanos cartesianos. Segundo, al definir el significado del dominio complejo en los términos que emplea en ese escrito, Gauss llena el vacío entre la antigua geometría clásica de las esféricas y la ciencia física moderna puesta en marcha por el trabajo sucesivo de pensadores originales tales como Nicolás de Cusa, Leonardo da Vinci, Johannes Kepler y el singular descubridor original del cálculo, Godofredo Leibniz.

Aunque en todas sus obras importantes posteriores Gauss nunca abandonó el método de principio de la física matemáticas que expresó en ese escrito de 1799, nunca volvió a abordar las cuestiones decisivas que planteó en ese documento con siquiera una aproximación de su franqueza anterior. Tenía motivos para temer lo que pudiera pasarle si violaba de nuevo su código de mantener silencio público sobre el asunto de Euler y Lagrange.

el descubrimiento de una geometría no euclidiana, para aludir a su descubrimiento original en su juventud de los principios de una geometría antieuclediana. Esa obra de la juventud de Gauss reflejaba la influencia que ejerció sobre él, cuando estudiante, uno de los más grandes maestros de matemáticas del siglo 18, Abraham Kästner. Fue Kästner quien insistió de manera explícita en una geometría anteeuclidiana o antieuclediana. “Anteeuclidiana” significa un regreso al principio de las “esféricas” de los seguidores de Pitágoras, entre ellos Platón, un apartarse del reduccionismo de torre de marfil de la aritmética y geometría de Aristóteles y Euclides. En la cultura clásica griega la oposición organizada a la geometría física iba de los opositores eleáticos de los pitagóricos, tales como Parménides, directamente a los sofistas, y de allí a Aristóteles.

No obstante, pese a su posterior silencio sobre el asunto, este escrito de 1799 marca un hito en el desarrollo de la ciencia moderna, que la libera de una noción estéril, utópica, de la aritmética, a un modo clásicamente platónico de geometría física pura, el de Bernhard Riemann. Por razones relacionadas, también nos permite definir la cualidad única del individuo humano dentro de los confines de la ciencia física, como un ser en esencia espiritual, en potencia de importancia inmortal.

Hoy, a partir de la obra de V.I. Vernadsky definiendo el concepto de la noosfera,¹⁰ la ciencia practicada por Gauss y Riemann ha regresado a la división clásica griega de principio, de la universalidad entre lo *abiótico*, lo *viviente* y lo *noético*, como tres espacios—fase distintos, pero en interacción, que se combinan para definir a todo el universo conocido. En esta, la distinción elemental pero absoluta entre el hombre y las bestias, es que el hombre es capaz de descubrir y desplegar principios físicos universales. Aunque estos principios siempre han existido como principios eficaces del universo —y eso antes de que el hombre descubriera ninguno de ellos—, cuando son desplegados como herramientas de la acción a voluntad del hombre sobre el universo, es decir como poderes, el hombre *prometeico* cambia al universo a este respecto. Así que, en cuanto a esto, el Satanás palpable, el Zeus del *Prometeo encadenado* de Esquilo, odia a Prometeo al igual que le teme al Creador, por los mismos motivos.

Además, gracias a descubrimientos y aplicaciones de esta clase el hombre se hace en la imagen del Creador del universo. En este contexto, el uso del término *espiritual* tiene un significado científico—físico preciso, como ya he indicado arriba. Mientras que los animales transmiten su llamado legado genético, la raza humana transmite a lo largo de generaciones sucesivas aquellos descubrimientos de principio cuyo empleo hace al hombre a imagen activa del Creador. Es mediante esos cambios progresivos sucesivos en esta transmisión, que el poder del hombre para existir en tanto especie aumenta; como recalca Vernadsky, el hombre se hace cada vez más el gobernante del planeta Tierra y más allá. A través de este progreso mejora la calidad de vida de la persona individual, y el poder de su trabajo también aumenta al efecto de elevar la calidad total del hombre, y de elevar también su existencia individual; aumenta el poder del hombre para hacer el bien. Esta es la verdadera naturaleza del hombre; estos son los efectos que de un modo categórico lo apartan y lo ponen por encima de todas las otras especies vivientes.

Esta transmisión de la obra de la identidad del individuo humano, más allá de los límites de la vida mortal; esta permanencia eterna del alma del individuo expresa lo que debe entenderse como el significado del término *espiritual*.

Éste es el meollo de la controversia entre el espiritual Carl Gauss y los paganos copensadores de Euler, Lagrange y el

Emanuel Kant, de otra forma conocido por la asquerosaseudomoralidad de su doctrina de “no puedo”, de la Ilustración del siglo 18.

En términos de la geometría física, ésta es la cuestión que distingue a los prometeos de pobres simios tales como los engendros del “Chimsky” del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), la personalidad sintética engendrada por el lavado cerebral de un pobre simio, llevado a cabo por ese modelo del gabinete del doctor Moreau formado por los profesores Noam Chomsky y Marvin Minsky.¹¹ Éste es en esencia el método de Euler, Lagrange, y también de Laplace, Cauchy, Clausius, Grassmann, Kelvin, Helmholtz y las erradísimas opiniones de Félix Klein sobre el tratamiento de Hermite y Lindemann de lo trascendental, que ellos introdujeron como su fraude intencional contra la obra de Leibniz, Gauss, Weber, Riemann y demás.

He resumido los siguientes puntos sobre el planteamiento del llamado preeuclidianismo en varios escritos a lo largo de décadas previas. Lo resumo por su pertinencia aquí. Las implicaciones más profundas del planteamiento de Gauss de 1799 son como sigue.

La percepción sensorial humana es producto de esos órganos de los sentidos que son una parte eminentemente mortal de un organismo eminentemente mortal que llamamos nuestro cuerpo. Como demuestra el conocimiento experimental de principios físicos universales susceptibles de descubrimiento, estos órganos de los sentidos no nos muestran el universo real en el cual operan esos principios, sino que, como advierte Platón en relatos como la parábola de la cueva de la *República*

11. Una anécdota entretenida nos da una ilustración de la vida real de la suerte de estupideces típicas de nuestros positivistas lógicos contemporáneos. Para finales de los 1950, yo fui invitado a participar en una velada en Manhattan en la que la mayoría de los invitados eran autores teatrales y actores profesionales. El anfitrión era un vecino, un autor teatral que al momento había sido contratado para producir un documental de televisión sobre el tema de las implicaciones de la tecnología de computadoras. En el transcurso de la noche se me preguntó, en mi condición profesional de consultor de administración de empresas, que cómo definiría yo los límites de la tecnología de computadoras para el público en general. Respondí que los invitados ahí reunidos conocían en gran parte la respuesta a esa pregunta de manera implícita. Les dije: Asuman la tarea de componer una obra dentro de los confines de lo que algunos de los invitados me definieron como un “argumentonto”. Estuve de acuerdo con esa identificación de lo que estaba por delinear. Dividí la tarea en dos fases. Primero, crear un modelo de la acción visible como la vería un público televidente o de espectadores de cine. Luego, aparejar eso con frases hechas de un conjunto de repertorios de cada uno de los candidatos para los tipos de personaje. Tanto las imágenes como los sonidos podían ser en principio generados de forma sintética por lo que podía lograrse con la tecnología de computadoras que emergía. Algunos meses después mi anfitrión de aquella ocasión telefoneó para informarme que, aunque él ya no estaba a cargo del proyecto, el modelo que yo había descrito en la fiesta estaba transmitiéndose por una cadena de televisión, destacándose una aproximación de lo que yo había “tramado”, en un programa producido y dirigido por los profesores de MIT Chomsky y Minsky. Esto, dicho sea de paso, se ajusta a lo que prescriben John von Neumann, Minsky, y demás para una “inteligencia artificial”, la cual, como indica mi informe de esa velada, no contiene ninguna inteligencia para nada.

10. Cf. Lyndon H. LaRouche, *The Economics of the Noösphere* (La economía de la noosfera) (Washington, D.C.: EIR News Service, 2001).

ca, nuestros sentidos nos muestran cómo nuestra percepción sensorial responde al impacto del universo invisible sobre nuestros órganos sensoriales. Empero, pese a este defecto de nuestros sentidos, podemos conocer al universo real que yace más allá de la mera percepción sensorial. Las formas clásicas, tanto de la composición artística como de la práctica de la ciencia física, muestran esas distinciones y el principio que las subyace. El planteamiento de Gauss de 1799 contra el fanatismo ideológico de los empiristas Euler y Lagrange, y su solución —el concepto del dominio complejo—, reflejan la solución general para las paradojas de la experiencia así situadas. Los descubrimientos de Riemann, como lo expresan su disertación de habilitación de 1854 y otros escritos, presentan la forma esencial de la paradoja así definida antes por Gauss.

Como en el caso del método original único empleado por Kepler para el descubrimiento de la gravitación original, la mente humana es capaz de leer expresiones anómalas de la percepción sensorial como una forma paradójica de expresión de un principio invisible, más allá del alcance de la percepción sensorial directa que ha causado dicha anomalía, tal como el aparente rizo que describe la órbita de Marte, según se percibe de una serie de observaciones normalizadas desde la Tierra. Lo mismo quedó demostrado por experimento con el reconocimiento de Fermat de que la luz no sigue el camino de la distancia euclidiana más corta, sino el de la acción más rápida. Este trabajo de Kepler y Fermat, que se hizo eco del trabajo previo de Nicolás de Cusa y Leonardo da Vinci, impulsó a corrientes competentes de la ciencia europea moderna a alejarse de Aristóteles, del empirismo y de formas cartesianas de empirismo, y regresar a la perspectiva de las esféricas preeuclidianas, a la perspectiva de los pitagóricos y de Platón, por ejemplo.

El método experimental, como Cusa había recalorado en tales escritos suyos como *De docta ignorantia*, nos permite traducir las anomalías más o menos regulares de la percepción sensorial, como la órbita observada de Marte, en una noción de las huellas de los principios universales invisibles tales como la gravitación. Estos principios, por su naturaleza, existen sólo fuera de la percepción sensorial, aunque adumbran aquello que con frecuencia podemos observar con nuestros sentidos. De ahí que no podemos representar su acción *directamente* dentro de los confines de las esféricas, aunque podemos medir su impacto como si pudiera representarse mediante tal geometría constructiva pitagórica de lo visible.

Nos vemos obligados, entonces, a representar el papel que les corresponde a los principios físicos universales en la forma de acciones realizadas por principios físicos en la geometría aparente de los sucesos observados. Este es el dominio gaussiano, una geometría dentro de la cual la física matemática debe situar el descubrimiento de Leibniz, de un cálculo de verdad infinitesimal de acción mínima física. Mediante la aplicación de descubrimientos de principios físicos universales así situados, la humanidad puede aumentar a voluntad la

densidad relativa potencial de población de la especie humana, lo que ninguna otra forma de vida puede siquiera aproximar.

¿Qué es la razón humana?

Así, como ya era sabido en la antigua Grecia, el universo en su totalidad está compuesto, de manera respectiva, de tres espacios—fase distintos, pero que interactúan. Estos se definen como distintos por aquellos métodos que asociamos con la prueba de principio físico experimental: respectivamente, los espacios—fase *abiótico*, *viviente* y *noético*, así definidos de manera mensurable.

El método que define las diferencias entre estos espacios—fase refleja el mismo método por el cual definimos la diferencia entre la sombra y la causa de la acción anómala percibida, como al notar la diferencia entre el hombre y las bestias. Es decir que, pese a positivistas tales como Boltzmann, Von Neumann, Wiener, etc., los procesos vivientes como tales no pueden conocerse por experimento a partir de principios abióticos. Asimismo, el descubrimiento y dominio humano a voluntad de principios físicos universales no pueden conocerse a partir de los principios generalmente atribuidos a procesos vivientes. Sin embargo, como insistió Vernadsky, los procesos vivientes de la Tierra dominan cada vez más a los abióticos, y los procesos creativos que les son únicos a los poderes soberanos de conocimiento de la mente del individuo humano, aumentan el dominio que tiene el hombre sobre la composición de la biosfera, así como los procesos vivientes dominan cada vez más a los abióticos.

Estas diferencias ya eran recaladas en la antigua Grecia clásica. El nombre dado a los procesos creativos de la mente humana, procesos de los que adolecen las especies inferiores, era el *alma*, como Platón argüía en los diálogos socráticos. “Alma” y “poderes creativos (*noéticos*) de la mente humana” son nociones coextensivas. Esto define una noción clásica del principio de *espiritualidad*; no como algo que actúa desde afuera del universo, sino como algo integral de ese universo, como su característica predominante, como la definición del hombre y la mujer que requiere el *Génesis* 1 de Moisés. La característica física esencial de esta cualidad de la espiritualidad universal, este principio eficaz, es la creatividad, como la define el concepto platónico de los *poderes (dúnamis)*. Este es el mismo concepto platónico de *poderes* que constituye el rasgo ejemplar, central, de la denuncia de Gauss de 1799 del error de Euler y Lagrange.

Esta noción del hombre como aparte y por encima de las bestias, en esta forma, define la noción de una especie de igualdad entre las personas: que cada una, no importa lo desigual de las condiciones de su vida, es igual de humana por naturaleza y que, por tanto, goza del derecho, bajo la ley natural del universo, del acceso a la protección de ser un participante igualmente humano, de ser un ser de naturaleza relativamente sagrada, a diferencia de las bestias. Tratar a los hombres y a las mujeres como virtual ganado humano, como

lo hicieron la esclavitud y el feudalismo, es en sí mismo un crimen contra la humanidad. De allí que nuestra naturaleza nos obliga a desarrollar y mantener formas de sociedad y de práctica social —como prescribe el preámbulo de nuestra Constitución federal— que sirvan el bienestar general (el bien común) de la naturaleza humana así definida.

De allí que él, o ella, como algunos de los llamados “fundamentalistas religiosos, que odie a cualquier corriente étnica de la humanidad, como a los judíos o a los árabes como tales, expresa un odio contra la imagen de Dios mismo. Quienquiera que saquee a cualquier estrato de la sociedad para su conveniencia propia, o sólo para su gratificación, también, por tanto, expresa odio contra la misma ley de Dios. Las opiniones de semejantes personas aberrantes son, como los alegatos del usurero, presunciones contrarias al verdadero principio de equidad, por lo que, por tanto, no tienen ninguna legitimidad ante los tribunales bajo la ley natural.

Esta noción del hombre como un ser creativo hecho a imagen del principio rector del universo, el Creador, es el principio esencial, abarcador, del humanismo clásico. Empero, la definición no acaba aquí. Hay una consideración adicional, la noción de la *mónada*, así llamada por Leibniz, también conocida por Riemann como el principio de *Geistesmasse*. En breve, la distinción que entraña es la siguiente.

¿Es la existencia de un principio universal, incluyendo la noción de espiritualidad, una influencia amorfa que permea un dominio, como pudiera hacerlo un gas dentro de un envase? O, ¿tiene la cualidad de una existencia al parecer discreta, como hace pensar, por ejemplo, la noción herbartiana de Riemann? De manera implícita: ¿es el Creador una influencia impersonal? O, contrario al deísmo amorfo, ¿tiene el Creador, en tanto Dios del hombre, una existencia definitiva como personalidad, como insistían Jesucristo y los apóstoles Juan y Pablo? ¿Tiene el individuo, por tanto, en su aspecto como ser individual, una relación con ese Dios en tanto Personalidad, como Cristo y los apóstoles Juan y Pablo afirman el principio socrático de *ágape* como la ley fundamental de la relación espiritual del hombre con ese Dios en el universo? El punto de vista de Riemann afirma estas relaciones personalizadas de manera implícita.

Todas las formas de principio físico universal que pueden probarse por experimento, son objetos mentales precisos, objetos a los que la ciencia por lo común le da un nombre humano u afín. Tenemos una relación personalizada con cada descubrimiento de un principio tal, y de su aplicación. Es tan objeto mental definitivo como un planeta o cualquier otro. De hecho, no podemos comprender nada con eficacia, excepto en la medida en que podamos definir el principio universal pertinente como un objeto mental definitivo y, por tanto, debe tender a asumir las cualidades de un objeto que pueda enseñarse —más o menos personalizado— para la instrucción en el aula.

Esta noción de las cosas es el fundamento para un cuerpo de lo que con razón se reconoce como ley natural universal.

Este cuerpo de ley natural subsume ese preámbulo de nuestra Constitución federal que, con justicia, ha de reconocerse como el principio rector con la autoridad suprema en la interpretación de cualquier otra parte de esa Constitución, cualquier ley federal; un principio superior a cualquier juez o tribunal. El principio esencial es el concepto de *ágape*, lo central del capítulo 13 del *Corintios I* del apóstol Pablo, expresado allí como los principios de ley natural de la soberanía perfecta, del bienestar general y la posteridad.

Habiendo dicho eso, vuelquen su atención de nuevo a la distinción de marras entre los animales y las gentes: que los animales transmiten lo que hemos definido de forma sumaria como legado genético; mientras que el hombre también transmite ideas de la categoría que pertenece al trabajo de la *noésis*.

Esta fue la base de mi reforma dentro de lo que Godofredo Leibniz definió como la *ciencia de la economía física*.

La función de la sociedad bajo la ley natural, es lograr esas aplicaciones de principios universales descubiertos que resulten en el poder de la humanidad en el universo, el poder creciente de existencia del hombre. Esta función contiene lo que con justicia, aunque de forma aproximada, podría describirse como dos categorías de rasgos intelectuales: el pensamiento científico clásico, del que Platón y el trabajo de sus seguidores modernos —Cusa, Leonardo, Kepler, Leibniz, Gauss y Riemann— son representativos; y el desarrollo de principios de composición artística clásica, como los representa en la vida moderna la obra artística del Renacimiento del siglo 15, y los clásicos de finales del siglo 18 como los de Schiller.

El papel que desempeña la tragedia clásica en elevar el conocimiento del ciudadano de la historia en tanto proceso, es representativo del papel que tiene el arte.

Es este papel indispensable del desarrollo continuo y la aplicación práctica de estos aspectos intrínsecamente cognoscitivos de la vida intelectual humana, lo que define la norma por la que debemos regirnos al precisar “naturaleza humana”.

El obstáculo más grande a ese desarrollo ha sido la continuación de formas de práctica social que dividen la condición de la sociedad entre un don Quijote y un Sancho Panza; entre un sandio empedernido como el gran inquisidor de la España de Felipe II, don Quijote, y los pobres patanes que le sirven y mueren por gente de la ralea de don Quijote, tales como Sancho Panza. El primero, don Quijote, rechaza la razón verdadera, y reemplaza el conocimiento con fantasía romántica y superstición pagana; el segundo, Sancho Panza, está tan ocupado con meramente tratar de sobrevivir los golpes de su amo y llenar su estómago (“llevar el pan a la mesa”), que opina mucho —como el Casca que encuentra que “para mí eso está en griego”, respecto a la razón misma— pero que no es capaz de actuar guiado por la razón. El mal más esencial en todo ello es la falta de los frutos de la verdadera cultura intelectual, como la tradición clásica platónica de la civilización europea define la verdadera cultura.

El objeto de un modo apropiado de gobierno congruente con la ley natural, es ordenar las relaciones interiores y exteriores a fin de fomentar la diseminación y el avance de una verdadera cultura intelectual, no sólo dentro de nuestra propia república, sino también fomentar su avance en otras. Existe, entonces, una dependencia recíproca entre el desarrollo de tal forma de cultura clásica y el desarrollo de la condición de la sociedad para que tenga efectos congruentes con la promoción de semejante cultura progresiva.

Posludio: todos los sinarquistas son malvados

El Renacimiento del siglo 15, que nació, como el ave Fénix, de los escombros que el sistema veneciano–normando de tiranía *ultramontana* hizo de las culturas europeas del siglo 14, puso en marcha una forma moral de sociedad, el Estado nacional soberano sometido al servicio del bienestar general de todos. Los remanentes depredadores del sistema feudal veneciano–normando contraatacaron con la fuerza satánica representada por la Inquisición española, las guerras religiosas de 1511–1648, y el proceso de surgimiento de ese llamado “partido veneciano”, que de otra forma representa el modelo del intrínsecamente usurero sistema parlamentario liberal angloholandés de la oligarquía financiera.

A resultas de esa reacción del partido veneciano del siglo 18 contra la amenaza que representaba la Revolución Americana de 1776–1789, fue puesta en marcha —en especial por parte de la Compañía de las Indias Orientales británica de lord Shelburne— esa mezcla de terrorismo y fascismo representada por la sucesión del Terror jacobino y el imperio de Napoleón.

Este modelo de 1789–1815 devino en una forma de peste que ha venido alternando como endemia o epidemia sobre toda la extensión de la civilización europea extendida al orbe, desde la época de la Revolución Francesa hasta el presente momento del más reciente restablecimiento de la misma fuerza terrorista que le dio a Europa los regímenes fascistas y las guerras relacionadas de 1922–1945. Desde el período del Tratado de Versalles, que concluyó con la llamada Primera Guerra Mundial, esa enfermedad recurrente se ha conocido como la internacional sinarquista, de cuyas insurgencias la publicación argentina *Maritornes* es meramente representativa de las fuerzas terroristas, que una reedición de la internacional fascista ha desatado en las Américas, al igual que en Europa y más allá hoy.

Debimos haber desarraigado a esa internacional sinarquista al terminar la Segunda Guerra mundial. Con la ayuda del perverso satánico Bertrand Russell, uno de los pioneros de la idea de usar el terror nuclear como medio para obligar al mundo a someterse a un nuevo imperio llamado “gobierno mundial”, la facción utopista asociada con Russell logró en

la estela de Hitler, cuando se debió haber desarraigado, protegido y alimentado a las fuerzas de la internacional sinarquista, para desplegarlas en un futuro como hoy. Ese futuro ha llegado ahora: la pura maldad, cuyo alias actual es el sinarquismo que hoy se desata de nuevo. También se desata contra EU, a través de canales establecidos por medio de España y otras partes, en América del Sur y Central.

En parte, el hecho es que, al yo desenmascarar a estos hombres–bestia nietzscheanos, he obligado a los sinarquistas airados, a causa de ello, a salir de su escondrijo tras la cortina de mentiras, a dar la cara en respuesta a mi desafío. Ahora mira su rostro como aparece retratado en las páginas de la salvajemente gnóstica secta de *Maritornes*; ése es el rostro de la maldad, el rostro, con tu permiso, del mismísimo Satanás.

Respuesta a la señora Small con respecto a la puta Maritornes

A continuación reproducimos el mensaje que enviara el señor Víctor Eduardo Ordóñez, y que motivara el “regalo navideño” de LaRouche.

10 de diciembre de 2003.

La señora Small ha escrito una nota en la publicación de la Fundación Schiller respecto a la revista *Maritornes*, cuyo primer número tuve la satisfacción y la responsabilidad de componer en buena parte y de dirigir. Aunque no me alude en su trabajo —se limita a implicar con cierta estulta fogosidad a otros colaboradores y referentes— me considero obligado y con derecho a intervenir en la eventual polémica que pudiera desarrollarse luego de la respuesta de mi amigo Antonio Caponnetto al afrentoso comentario.

La autora incurre —quizá sin darse cuenta— en todos los lugares comunes (mejor dicho, vulgares) que la izquierda y el liberalismo (en este punto más cercanos que nunca) vienen utilizando desde hace décadas. No innova en lo más mínimo, sólo que extiende su enfoque a otros autores a los que, evidentemente, conoce por referencia. Así, por ejemplo, llamar al gran Chesterton “fascista británico” es tan ofensivo como inexacto y, en definitiva, desopilante ¿Qué entiende la señora Small por fascista, entonces y en que parte de la obra de Chesterton detecta elementos fascistas? ¿No convendría, antes de lanzarse a una agresión así de generalizada y de imprecisa, detenerse en los conceptos más básicos que se emplean para ponerse de acuerdo sobre qué estamos discutiendo y qué se quiere decir cuando se utilizan determinados valores y definiciones, determinados adjetivos y sustantivos? No se



Los ataques de Ordóñez y otros sinarquistas argentinos que suscitó el artículo de Gretchen Small, publicado en el Resumen ejecutivo de la segunda quincena de noviembre de 2003, pretenden defender de LaRouche a su publicación Maritornes, que recibe su nombre en honor a la puta que don Quijote confundió con una fina dama. Maritornes con don Quijote en el camaranchón, grabado de Gustavo Doré.

puede emitir juicios sin una mínima coincidencia científica, por llamarla de algún modo; esto es sin aclarar, por lo menos, con qué terminología nos manejamos y si cuando usamos tal palabra estamos los dos diciendo lo mismo. En cambio, si como lo hace con tanta ligereza próxima a la desaprensión, la impugnadora de “Maritornes” puso en el papel lo primero que se le vino en gana y si se deja ganar la inteligencia por la irracionalidad de los prejuicios sin fundamentar, se ha de concluir que la polémica no sólo será inútil sino imposible.

Por ejemplo cuando la señora Small simula escandalizarse (en realidad procura burlarse) por el artículo del profesor Calderón Bouchet sobre una eventual monarquía en la Argentina, está demostrando una de estas tres cosas: que no lo leyó, que si lo hizo no lo entendió o que en todo caso procede con una asombrosa mala fe hermenéutica.

No una reflexión diferente merece la suposición de la existencia de una “internacional europea e hispanoamericana de tinte fascista”. Claro que discurriendo como lo hace la señora Small —con sus falencias intelectuales, su mala información y sus apresuramientos axiológicas— todo le estará permitido y podrá llegar a cualquier consecuencia. Al redactar el editorial de presentación de la revista que dirigí me esforcé, con la aprobación de quienes me acompañaron, en explicitar de la mejor manera que supe los propósitos que guiaban al grupo de amigos que tomó la iniciativa. Allí se cita con profusión y satisfacción, entre otros, a Ramiro de Maeztu, muerto mártir en la Guerra Civil española, cuya “Defensa de la Hispanidad” quedará para siempre como el culmen del pensamiento tradicionalista puesto en acción programática (sin desmedro

de sus aportes teóricos y de sus supuestos principistas, razones por las cuales me permito recomendar su lectura a esta para mí desconocida crítica) También le podría rectificar que el lema “Tradición, Familia y Propiedad” —muy meritorio por lo demás aunque ella quizá ni llegue a comprenderlo en toda su riqueza— no es de los carlistas sino de otra organización con la que la mayoría de los responsables de “Maritornes” discrepamos y no es del caso traer esta antigua diferencia a colación, no obstante su importancia.

Llama asimismo la atención —lo digo aun a riesgo de reiterarme— el método que se emplea en el trabajo que contesto. Enumera, casi en tono de denuncia, los antecedentes y la militancia de varios de los colaboradores de la revista que conduje. Casi es un detalle que no pruebe ninguno de los datos que maneja pero no es esto lo que interesa; Lo que sí importa es que sin más —siempre basada en sus prejuicios que en su mentalidad funcionan como dogmas— condena y descalifica a hombres y movimientos que evidentemente desconoce a pesar o conoce entre sombras, por lo cual tiene sobre ellos —y así se pronuncia— un criterio tan pueril como inapelable.

El espacio que le dedica a esclarecer la personalidad y el significado de la pobre Maritornes en el Quijote es, igualmente, irrelevante porque, como se lo explica A. Caponnetto en su respuesta, se propuso con la elección de su nombre una simbología quizá más poética que histórica o política en el sentido que se quiso otorgarle a la España descubridora, apostólica y conquistadora una función —si me animo a decirlo— creadora a fuerza de regeneradora, al extraer por la pureza de la mirada un mundo para Cristo desde la rudeza cósmica de

esta América primigenia, aterradora e irredenta. Aunque comprendo que en una perspectiva anglosajona no tenga explicación ni cordura un acto de amor y de belleza por completo desinteresado del que vivimos desde hace cinco siglos.

Sin embargo de todo lo expresado debo agradecer a la señora Small —y en esto creo actuar en nombre de muchos amigos y compatriotas— su definición —o, mejor dicho, ubicación— acerca de temas y valores cuya presentación, hay que reconocerlo, despertaron en la Argentina una cierta —no demasiada— expectativa. Ahora, tras esta virtual quita de careta no hay porqué conservar ningún optimismo ni seguir llamándose a engaño. El movimiento de Lindon Larrouche (sic) y sus organismos afines, como la Fundación Schiller, constituyen el Caballo de Troya en cualquier empresa de reconstrucción cristiana de Occidente (y, en este caso especial de Hispanoamérica) Con su paganismo encubierto pero remozado, con sus programas confusos, con su ideología equívoca, con sus síntesis tan simplistas como peligrosas, con sus programas sospechosos, este grupo de agentes y operadores de no sabemos qué intereses (doctrinarios, políticos o económicos) no son, definitivamente, los nuestros. Al hablar la señora Small como lo ha hecho en representación de todo ese aquelarre de lemas, proyectos y declaraciones con que estos americanos del norte (que nunca dejaron de serlo en el peor sentido) nos vienen atosigando desde hace más tiempo de lo tolerable, descorrió el velo de una ficción demasiado tosca a la que urgía poner fin. Y ella lo consiguió por lo que le agradezco con toda sinceridad.

Acabado el mito de un evasor crónico de impuestos en su país (donde fue fracasado candidato a cualquier cosa) devenido sin explicación en caudillo de un humanismo infantil, pseudo clásico y, ahora lo sabemos fehacientemente, anticristiano y antihispano, todos acá, nos sentiremos más libres por haber conocido el pensamiento y el sentimiento exactos de aquellos que con tanta insolencia y audacia se presentaban ante los más angustiados hijos de un glorioso imperio español (que nunca lo fue, según opina la Small) en disolución, como un apoyo a sus reivindicaciones.

Que esto sirva para comprender que nuestro destino está en nuestras propias manos y que no hay ningún motivo racional que nos lleve a los católicos que soñamos en hispano a esperar que la solución venga del norte. Una vez más se constata que el enemigo, el Enemigo viene de allá y que suponer lo contrario es complicidad y traición.

—*Víctor Eduardo Ordóñez.*

P.D. Enviada la anterior respuesta, advierto que omití incluir una consideración que creo es fundamental. “Last but not least” [sic]. Me refiero al concepto de fascista que la señora Small dispara indiscriminadamente y en todas direcciones. Aplicado a personas —como todas las que ella menciona y también a mí mismo— es una mendacidad y una infamia. Porque todos nosotros somos, con las imperfecciones y deficiencias de cada uno, católicos romanos que de ninguna manera

podemos comulgar con un ideario totalitario como son el sistema y la doctrina elaborados por Mussolini. Una noción elemental de esa propuesta le habría evitado a la autora pronunciarse con tanta ligereza a la hora de calificar a sus semejantes, aunque sean meridionales. Si ideológicamente el fascismo totalitario pretende incluir en el interior del estado que propone toda la realidad social, política, económica, jurídica, moral y espiritual de una nación, se comprende que la Iglesia no puede aceptar semejante extravío, mezcla de herejía y de blasfemia. Porque en esa concepción el estado no es el garante y el custodio del derecho (y de los derechos) sino su fuente, su legitimante, su dispensador. Por lo tanto es que la señora dé a conocer los textos en los que los involucrados en su denuncia de fascismo hayan hecho profesión de tales. En caso que no lo haga caería en la condición de calumniadora.

Un regalo de Navidad para Víctor Eduardo Ordóñez

por Lyndon H. LaRouche

Aparentemente el 10 de diciembre de este año, en época próxima a celebrarse el nacimiento de Jesucristo, don Víctor Eduardo Ordóñez, de Argentina, envió un mensaje con la intención implícita de que llegara a mi atención. Tal vez fue su forma de demandar un regalo, del modo en que los escolares de Norteamérica a menudo le escriben cartas a Santa Claus en esa época del año. Puesto que hoy es Navidad, honraré la ocasión enviándole el regalo que merece: esta respuesta.

No hay necesidad de que comente los detalles de la réplica de don Víctor a la señora Small, ya que su artículo, el cual he leído, no contenía ningún hecho falso ni de otro modo inapropiado. Basta con enviarle a don Víctor el regalo de cierta información concerniente a él, que necesita tomar en cuenta; yo desearía que al recibir esta inteligencia de parte mía mejorase lo que su carta descubre como una condición mental muy desequilibrada, que esperamos sea sólo temporal.

Mi tema es la reciente puesta en marcha de nuevo de lo que se conocía de forma intercambiable como el movimiento sinarquista o fascista, con el ascenso al poder de regímenes sinarquistas como los de Mussolini, Hitler y Franco, en el período de 1922–1945. En esa época se desplegó a la internacional sinarquista, a través de España, a México y otras partes de América Central y del Sur, desde el cuartel general del partido nazi en Berlín. Hoy la están reactivando de modo parecido en América Central y del Sur; esta reactivación ahora constituye la mayor amenaza particular contra las naciones y

los pueblos de América Central y del Sur.

Mi conocimiento de esta materia es extenso e incontrovertible. El asunto que plantea la misiva de don Víctor es la cuestión de que, si esa carta apunta o no a que él y otros se han asociado abierta y personalmente con la restauración de esa agrupación internacional sinarquista–fascista, que ahora obra en América en concierto con el notorio Blas Piñar de España. Incluyo aquí, implícitamente, elementos de los notorios antecedentes y conexiones a los que se refiere la señora Small en su artículo.

A ese respecto, pongo en autos a don Víctor de tres puntos pertinentes.

Primero, los principios de la caridad me obligan a remover cualquier delirio, de que aquéllos a los que usted parece defender sean en cualquier sentido significativo siervos del cristianismo, pues, de hecho, su apego más bien pertenece a la causa directamente contraria. Por tanto, es mi deber informarle exactamente qué es lo que en realidad parece haber decidido defender.

Segundo, señalaré las formas de principio en que su manifiesta desorientación política pudiera tender a empeorar la situación, en extremo precaria, que crea la reciente reactivación de la insurgencia sinarquista en América Central y del Sur, en tanto amenaza a la existencia ininterrumpida de esas repúblicas bajo las condiciones actuales de crisis mundial.

Tercero, aclaro ciertos rasgos turbios de su previa asociación indirecta conmigo. En cuestiones como estas es importante saber con mayor claridad quién es quién, y quién accedió a qué.

Hacia fines del siglo 18, después de mucho siglos, la alianza perversa entre la potencia marítima imperial de la oligarquía financiera de Venecia y la hidalguía normanda cambió su base de operaciones de la ahora vulnerable ubicación frente al Adriático, a nuevas bases de poder marítimo y financiero en los Países Bajos e Inglaterra. Esto sucedió en el transcurso del siglo 18, después de que los Países Bajos fueron asimilados bajo la hegemonía de la monarquía británica. El tratado de paz de 1763 entre las monarquías británica y francesa estableció a la Compañía de las Indias Orientales británica, dirigida por la figura política de lord Shelburne, como una potencia marítima imperial, más o menos a nivel mundial, cuya intención era convertirse, según lord Shelburne y sus lacayos —del modo en que Gibbon, un lacayo de Shelburne, detalló esto—, en una reedición pro pagana del Imperio Romano. En 1763 lord Shelburne emprendió dos proyectos estratégicos de largo alcance, cuyas consecuencias implícitas son el desastre en el que parece que usted anda perdido hoy.

Shelburne temía que las colonias angloparlantes de Norteamérica aprovecharan la oportunidad de la derrota de las fuerzas coloniales francesas en ese continente, para crear una república independiente ahí. Shelburne estaba empecinado en evitar esto. A la vez, Shelburne pretendía destruir cualquier potencia en el continente europeo, empezando con el principal



El “asunto” que plantea el ataque de Ordóñez contra LaRouche y su movimiento en Iberoamérica, es “si esa carta apunta o no a que él y otros se han asociado abierta y personalmente con la restauración de esa agrupación internacional sinarquista–fascista, que ahora obra en América en concierto con el notorio Blas Piñar de España”, quien aparece aquí dando un discurso.

rival de Gran Bretaña, Francia, que pudiera representar una amenaza seria en el futuro contra el imperio de la Compañía de las Indias Orientales. El efecto combinado de estos dos objetivos fueron los sucesos que se dieron en Francia a partir del 14 de julio de 1789, hasta que el duque de Wellington sentó a su títere, el monarca Borbón de la restauración, en el trono francés. A este fin Shelburne allanó el camino para los hechos que desembocaron en la tiranía de Napoleón mediante la creación de una secta francmasónica artificial, entonces conocida como los martinistas, con base en los alrededores de la ciudad de Lyon. Esta secta martinista, luego rebautizada como sinarquismo, surgió como esa internacional sinarquista que produjo la serie de movimientos y gobiernos fascistas que tuvieron un ataque de locura homicida en el período de 1922–1945.

Esta internacional martinista–sinarquista siguió siendo una amenaza importante a la seguridad de Europa y América a lo largo de todo el siglo 19 y en el 20. Desde el comienzo, el martinismo–sinarquismo fue siempre el instrumento de una red oligárquico–financiera permanente, meramente representada por la Compañía de las Indias Orientales británica y sus colaboradores financieros en el continente europeo y en América. La forma francmasónica de los movimientos políticos y los cuerpos religiosos controlados que figuraban en las

actividades de los revolucionarios, siempre estuvo bajo el control eficaz de camarillas financieras. Por ejemplo, como Simón Bolívar confesó hacia el final de su carrera, era Jeremías Bentham, el jefe del comité secreto del Ministerio de Relaciones Exteriores británico de Shelburne, quien ejercía el control dentro del movimiento bolivariano, al igual que dentro de las asociaciones de la Joven Europa y la Joven América del agente de lord Palmerston, José Mazzini. La Confederación estadounidense fue producto de lo que hoy conocemos como la internacional sinarquista.

Ahora bien, mientras el mundo se hunde en estos momentos en una crisis de desintegración terminal del actual sistema monetario-financiero de tipos de cambio flotantes, los oligarcas financieros pertinentes han reactivado sus operaciones sinarquistas para escenificar grandes golpes y actos semejantes, una reactivación que incluye las operaciones en América Central y del Sur asociadas con Blas Piñar. El propósito de esa reactivación de las redes asociadas con él es interrumpir y destruir cualquier resistencia eficaz al aplastamiento de todas y cada una de las naciones de América, del modo que los sucesos del 14 de julio de 1789 en París tuvieron el propósito de evitar la estabilización de Francia con el borrador de constitución que presentaron Bailly y Lafayette. Así, en Venezuela, tanto Chávez como sus principales oponentes son agentes sinarquistas, que procederán a tasajearse unos a otros y a su nación en obscenidades de izquierda-derecha sin un verdadero propósito práctico o moral. En América la fachada religiosa de las fuerzas sinarquistas derechistas será ejemplar y sangrienta.

Desearía que ciertas personas asociadas con el nombre del coronel Seineldín no se vieran arrastradas a participar en la clase de farsas en las que se embarcaron los asociados del renegado y agente enemigo Fernando Quijano.

El asunto que pasa por alto la carta de don Víctor, salpicada del espíritu editorial que despediría la cola de un hipopótamo, es el caso del propio Quijano, la tercera cuestión a abordar aquí.

Quijano siempre fue un romántico algo inestable, quien, si no se le vigilaba de cerca, tendería a armar una vasta teoría de la historia tras leer una parte de un solo libro. Él fue útil a mi organización más bien en el papel de un entusiasta que de un intelecto, en tanto conservó la inclinación y la disposición a aceptar supervisión. Cuando rechazó nuestra supervisión, su personalidad pareció desintegrarse. Las personas con la experiencia militar pertinente entenderían lo que señalo sobre las virtudes y los defectos estructurales de su desarrollo intelectual personal y de su carácter moral.

Sin embargo, con el tiempo, en tanto enfrentaba la misma amenaza de ir a la cárcel bajo las acusaciones fraudulentas que otros de nosotros encarábamos de ciertos intereses financieros de Washington, D.C., y de Manhattan, la cobardía se apoderó de él, y corrió, como un verdadero traidor, al otro bando, a los brazos de tales criaturas como su vecino Néstor

Sánchez. Usó mi encarcelamiento como la oportunidad para tratar de adueñarse de mi asociación en aras de su alianza abierta con el sinarquista Blas Piñar. Entre las personas que corrompió en su papel de traidor cobarde y cómplice de Blas Piñar y otros fascistas de hueso colorado, estuvo la valiosa Marivilia Carrasco, la que primero fue arruinada, y luego, finalmente, quebrantaron su voluntad cuando visitó a Brasil y Argentina anteriormente este año.

En la época en que Quijano aprovechaba mi ausencia para actuar con libertad como agente de nuestros enemigos, se convocó una conferencia en México en la que se dijeron muchas cosas tontas y peores, como si mi asociación las hubiera adoptado. Nunca acepté ni toleré esas cosas. Por desgracia, es obvio que algunos en la delegación argentina que participaron en dicha conferencia no entendieron los rasgos fraudulentos y peores de su pacto implícito con Quijano.

Los círculos que se habían asociado con el buen Comandante me parecían a mí buenos soldados y patriotas, pero carentes de la sofisticación en lo concerniente a la filosofía clásica de Platón, Nicolás de Cusa, Leibniz, etc., y asuntos relacionados que son indispensables para los dirigentes políticos idóneos de una nación en crisis. Al respecto, yo traté de bregar con generosidad con la superficialidad filosófica y otras deficiencias intelectuales de algunos en ese círculo, en la esperanza de que sus debilidades a este respecto se desvanecerían en la expresión de sus verdaderos talentos al servicio de sus futuros logros.

Ahora temo que el lenguaje vomitado por don Víctor apunte de la forma más reveladora a la influencia de esos sinarquistas peligrosos en torno a tales como Blas Piñar, cuyo papel actual es ahogar las esperanzas de soberanía de los Estados de América en la sangre de guerras intestinas, todo en aras de servir, adrede o no, a esos intereses financieros que han saqueado a esas naciones de forma tan salvaje desde 1982, a más tardar. Disculpar la relación de los círculos de Quijano con Blas Piñar sería, en efecto, cometer una verdadera traición contra las naciones y pueblos del hemisferio.

La defensa del rancio feudalismo de la puta Maritornes

Reproducimos a continuación algunos fragmentos del artículo de Gretchen Small, "La defensa del rancio feudalismo de la puta Maritornes", mismo que se publicó en el Resumen ejecutivo de EIR, vol. 20, núm. 22, correspondiente a la segunda quincena de 2003, y que provocó la ira de don Víctor Ordóñez.

En noviembre de 2001 algunos de los principales ideólogos del proyecto de crear una nueva internacional fascista en Europa y Sudamérica lanzaron una nueva revista semestral en Argentina, para fomentar el reestablecimiento del imperio feudalista de los Habsburgos. La revista, *Maritornes: Cuadernos de Hispanidad*, la publica la editorial Nueva Hispanidad.

Entre los miembros más destacados de su junta editorial inicialmente aparecían Blas Piñar, líder de Fuerza Nueva de España, y los escritores “tradicionalistas católicos” argentinos Antonio Caponnetto y Rafael Breide Obeid. Este último es hermano de Gustavo Breide, quien encabeza el Partido Popular por la Reconstrucción (PPR) de Argentina, ligado a Blas Piñar y a Forza Nuova de Italia.

Posteriormente se sumaron Alexandra Wilhelmsen, hija y heredera política de Frederick Wilhelmsen, fundador del Christendom College de Virginia, un centro del carlismo y del sinarquismo católico ligado a William Buckley; el ex parlamentario peruano y notorio partidario de Hitler y Mussolini, Fernán Altuve—Febres Lores; el profesor de filosofía política chileno Juan Antonio Widow, quien en su juventud ayudó a fundar la organización falangista chilena, el Movimiento Nacional Sindicalista; y dos italianos de la misma estirpe, el historiador Francesco Maurizio Di Gionvine, de Boloña, y el profesor Giovanni Turco, de Nápoles.

La cruzada autoatribuida de la revista es de carácter político: “Retomar la marcha interrumpida en el corte de la Edad Media, en la desmesura del Renacimiento, en la oscuridad del Iluminismo”. El propósito de la hispanidad es revivir a Occidente y su “gloria romana”. En el índice de su primer número aparece un artículo ;sobre la importancia de la monarquía para Argentina actualmente!

El sitio electrónico de la casa editorial Nueva Hispanidad, que ha publicado libros sobre temas que van de las glorias de la Falange Española a las corridas de toros, “al espíritu de la caballería”, Lefebvre, y el fascista británico G.K. Chesterton, proclamado “el caballero andante”, está adornado con escenas medievales. También puede encontrarse a la venta una colección de cinco discos compactos con música de la Falange Española desde su fundación hasta nuestros días, al igual que otra con himnos y canciones del fascismo italiano.

Las carlistas Juventudes Tradicionalistas de España, cuyas tropas de choque —con boinas rojas y todo— enarbolan la máxima feudal de “tradicción, familia y propiedad”, copatrocinaron la presentación de la revista en Madrid, en noviembre de 2001. El aspirante carlista al trono español, don Sixto Enrique de Borbón, envió un mensaje de apoyo.

¿Por qué *Maritornes*?

Quizá el aspecto más revelador del proyecto de promoción de la hispanidad de la revista *Maritornes* sea la propia elección de su nombre, que es el de la puta asturiana que don Quijote encuentra en la venta que le pareció castillo, en la

obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Es cierto, admite Caponnetto, que Cervantes caracteriza a Maritornes como una “meretriz”, pero la “mirada casta” de don Quijote lleva a su “transfiguración” (sic). Según él, esto sucede cuando Maritornes, quien presumía muy de hidalga, pero que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado, había concertado refocilarse con el arriero en el mismo camaranchón que éste compartía con don Quijote y Sancho Panza. Pero por error se mete a la cama donde está don Quijote en vez de el arriero. Caponnetto cita entonces el libro de Cervantes, donde dice de Maritornes que, “aunque su camisa era de harpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cedal; traía en las muñecas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol oscurecía. . . Él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros”, cita a la que él añade, “y tomándola de las manos la declaró princesa de la hermosura”.

Comenta Caponnetto: “meretriz para el arriero y el amo de la venta”, pero una “ ‘criatura capaz de dulcísimos y amorísimos coloquios’, para el de la triste figura”. Como sería de esperarse, el arriero, celoso porque su coima está en brazos de otro, pierde la paciencia y le pega una terrible puñada a don Quijote, quien sale mal herido. En medio de la trifulca, el ventero entra diciendo: “¿Adónde estás puta?” Según Caponnetto, “don Quijote” (sic, en realidad es Sancho quien lo hace) pide vino, y Maritornes se lo trae “de muy buena voluntad y lo pagó de su mesmo dinero: porque en efeto —y aquí Caponnetto cita a Cervantes sin entender la ironía—, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas *sombras* y *lejos* de cristiana”.

Caponnetto después se explaya en términos que harían ruborizar hasta al propio don Quijote: “Maritornes es América. América, la bien donada. La criada devenida en señora, y la venta en castillo, y el cobertizo en almena, y el camastro villano en tálamo sacramental y lícito.

“Y si esta osada analogía tuviera su validez, como creemos, bien podría aplicarse por extensión a todas las tierras sobre las cuales, la Hispanidad sembró sus frutos de redención, y aún a la actual España, tan necesitada ella de abandonar su oficio de fámula para erigirse nuevamente en emperatriz”.

El problema —para Caponnetto y todas las autoproclamadas prostitutas de América que esperan que el hidalgo retome su adarga, y las regrese a las glorias, que nunca existieron, del imperio español— es que tendrán la misma suerte de Maritornes cuando le pidió a don Quijote rescatar a su amo el ventero, cuando lo golpeaban unos que no querían pagar su hospedaje. Don Quijote le responde que no, pues “no me es lícito poner mano a la espada contra gente escuderil”.